



**XV Certamen Internacional de Relatos
“En mi verso soy libre”**

Recuerdos

Relatos 2022

Mónica Garrido Hernández, Luisa Aguayo Giménez (Coords.)

Imagen de cubierta:

Jesús Inglés Canalejo. (Cartagena 1988) Artista plástico autodidacta. Imparte clases de dibujo y pintura desde los 24 años. Su trabajo como artista tiene como propósito anar y reconectar al Ser Humano con la naturaleza, para hacernos conscientes de que el único camino como especie es el de mantener el equilibrio en toda la biosfera para poder legar un verdadero futuro a las generaciones venideras. Ha expuesto en numerosas ocasiones y ha obtenido múltiples premios tanto a nivel nacional como internacional.

Mónica Garrido Hernández. Es maestra de Educación Infantil y Primaria. Obtuvo el premio fin de carrera de su promoción en la Diplomatura de Educación Infantil en la Universidad de Murcia. Coautora de un libro sobre animación a la lectura en la escuela de primaria. Como docente, siempre ha estado vinculada a proyectos de atención a la diversidad. Desde 2017 forma parte del Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia y, anteriormente participó en el programa de Martes con Arte de dicho equipo durante años.

Luisa Aguayo Giménez. Es maestra especialista en Educación Musical, psicopedagoga y máster en Musicoterapia. Completa su formación con especializaciones en el modelo Benenzon y en el ámbito prenatal; cuenta también con la certificación de Educación Musical Temprana según la Music Learning Theory de Edwin Gordon.

Está vinculada a las Aulas Hospitalarias desde el año 2003, primero como voluntaria, y desde 2005 como colaboradora en los programas de "Música los viernes" y "Una orquesta en la maleta". Convencida de que una escuela más inclusiva es posible y de que la música es una gran aliada para conseguirlo, ha formado parte del equipo de investigación "Educar para Ser: Habilidades no cognitivas, rendimiento escolar y bienestar" de la Universidad de Murcia, diseñando una propuesta para el desarrollo de las habilidades no cognitivas desde la música. En la actualidad, forma parte del Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.

**XV CERTAMEN INTERNACIONAL DE RELATOS
“EN MI VERSO SOY LIBRE”**

Recuerdos

Relatos 2022

**XV CERTAMEN INTERNACIONAL DE RELATOS
“EN MI VERSO SOY LIBRE”**

Recuerdos

Relatos 2022

Coordinadoras:

Mónica Garrido Hernández

Luisa Aguayo Giménez

Prólogo:

Raquel Pulido Gómez



Región de Murcia
Consejería de Educación



Región de Murcia
Consejería de Educación

Promueve:

- © Región de Murcia
Consejería de Educación.
Dirección General de Formación Profesional e Innovación

Edita:

- © Región de Murcia
Consejería de Educación.
Secretaría General. Servicio de Publicaciones
www.educarm.es/publicaciones

Creative Commons License Deed



Los contenidos de este libro están bajo una licencia Creative Commons de tipo Reconocimiento No Comercial Sin Obra Derivada.

Usted es libre de compartir, copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra bajo las siguientes condiciones:

-  Reconocimiento- debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciadador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hacen de su obra).
-  No comercial- no puede utilizar esta obra para fines comerciales.
-  Obras no derivadas- no puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Entendiendo que se puede renunciar a alguna de estas condiciones si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor.

Advertencia: esto es un resumen del texto legal (la licencia completa) disponible en:  creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/

Autores:

- Del prólogo: Raquel Pulido Gómez
- De los relatos: alumnado de las aulas hospitalarias (ver el índice)
- De la ilustración de la portada: Jesús Inglés
- De las ilustraciones interiores: varios (ver índice)

Imprime:

42lineasdigital - 42lineasdigital@gmail.com

Primera edición:

Julio 2022 - 300 ejemplares

ISBN:

978-84-09-42712-3

Depósito Legal:

MU 687-2022

Este libro es el resultado de la selección de relatos del XV Certamen Internacional de Relatos “En mi verso soy libre” 2022, organizado por:

EAEHD Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y
Domiciliaria de la Región de Murcia.
Dirección General de Formación Profesional e Innovación.
Consejería de Educación.

**Comité organizador del XV Certamen Internacional de Relatos
“En mi verso soy libre” 2022**

Dirección del Proyecto: Ana María Ferrer Mendoza.

Secretaria: Juana María Sánchez García.

Presidenta del Jurado: Aurora Gil Bohórquez.

Coordinadores docentes: Ana María Ferrer Mendoza, Clara Navas López,
Ana Jara García, Juana María Sánchez García, Carmen Donaire Muñoz,
Salvador Espinosa Sánchez, Sonia Griñán Martínez y Lucía Gómez García.

Coordinador editorial: Francisco Javier Soto Pérez.

Índice

| | |
|---------------------|----|
| Prólogo | 13 |
| Raquel Pulido Gómez | |

CATEGORÍA A (de 6 a 9 años)

GANADORA:

| | |
|---|----|
| Un recuerdo para regalar..... | 19 |
| Fátima Torres Ferre | |
| Ilustración: Sioni López | |
| 01. Los peores recuerdos de mi vida | 25 |
| Miguel López Salas | |
| Ilustración: Asís Pazó | |
| 02. La gran sorpresa de Daniela | 31 |
| Rocío Agüera Fernández | |
| Ilustración: Eva Cortés | |
| 03. El jardín mágico..... | 35 |
| Antonio Luque Muñoz | |
| Ilustración: Clara Cordero | |
| 04. Mi primera vez en el hospital | 39 |
| Jaime Montalbán Vicente | |
| Ilustración: Ana Mangas | |
| 05. Días de nieve | 43 |
| Lara Varea Ballesteros | |
| Ilustración: Almudena Soriano | |
| 06. Una fila de animales..... | 47 |
| Adriana Díez García | |
| Ilustración: Laura Acosta | |

| | |
|------------------------------------|----|
| 07. Recuerdos inolvidables..... | 53 |
| Naira Lucía Ortega Gómez | |
| Ilustración: Sara Martínez Estévez | |

CATEGORÍA B (de 10 a 13 años)

GANADOR:

| | |
|---|----|
| Punto y coma | 59 |
| Kai Ferreira Dias | |
| Ilustración: Pedro Antonio Martínez | |
| 01. Una sorpresa violeta..... | 65 |
| Álvaro Mérida Fernández | |
| Ilustración: Francisco Riquelme | |
| 02. Una maleta de recuerdos | 69 |
| Fabio Valdés Castro | |
| Ilustración: Elena Sol | |
| 03. Recuerdos de ayer | 73 |
| Nora Martín Ortiz de Landázuri | |
| Ilustración: Álvaro Peña | |
| 04. El amor que surgió por un recuerdo olvidado | 81 |
| Paula Balmisa Roldán | |
| Ilustración: Henar Moros | |
| 05. Los recuerdos | 87 |
| Carla Esteve Aguilar | |
| Ilustración: José Ventura | |
| 06. El colegio perfecto..... | 93 |
| Carmen María Sandoval Soto | |
| Ilustración: David López Ruiz | |

CATEGORÍA C (de 14 a 17 años)

GANADORA:

| | |
|--------------------------------------|----|
| Viernes..... | 99 |
| Lucía González Moreno | |
| Ilustración: Juan Francisco Martínez | |

| | |
|--|-----|
| 01. Un infierno del que salí | 103 |
| Lorena Pintado Pérez | |
| Ilustración: Kike Sánchez | |
| 02. Lo que uno conoce, permanece | 109 |
| Alejandra Martín de la Iglesia | |
| Ilustración: Francesca Cristina Ureña | |
| 03. Mis recuerdos en Transilvania | 117 |
| Vanessa Marfici | |
| Ilustración: Miguel Alemán | |
| 04. Un día sentí que había perdido mi cuerpo | 121 |
| Adrián Xosé González Rodríguez | |
| Ilustración: Francisco Salcedo | |
| 05. Reflexiones con sabor a café | 131 |
| Luna Marín Castillo | |
| Ilustración: Fernando Álvarez | |
| 06. Sensación de verano | 135 |
| Ana Hervás Tsvetanova | |
| Ilustración: Loles Salas | |

CATEGORÍA E (alumnado con diversidad funcional)

GANADOR:

| | |
|---|-----|
| A por un riñón | 143 |
| Mohamed Amine Azouzout | |
| Ilustración: Patricia Fernanda García Pereira | |
| 01. Nunca hay que rendirse | 147 |
| Saad El Bayad | |
| Ilustración: María Moya | |
| 02. ¿Quieres conocer mi historia? | 151 |
| Lucía Nicolás Ruiz | |
| Ilustración: Pepe Marco | |

Prólogo

Como canta Silvio Rodríguez en aquella conocida canción: “pueden ser casualidades u otras rarezas que pasan”, pero el hecho es que, estando inmersa en la revisión de las galeradas de mi próxima novela infantil, en la que la memoria y los recuerdos tienen una especial relevancia, recibo la invitación para redactar el prólogo para el libro del XV Certamen Internacional de Relatos “En mi verso soy libre”, cuyo tema en esta edición es “Recuerdos”. De inmediato, innumerables momentos vividos en torno al certamen invaden mi memoria. Siempre he sentido este proyecto como un hijo que, como cualquier retoño, me causó inmensas alegrías y, como no podía ser de otro modo, algún que otro quebradero de cabeza. Participé en su gestación, en su bautismo y lo acompañé durante siete largos años de la mano, viendo como crecía en cada edición. Sin embargo, como dice sabiamente el poeta libanés Khalil Gibran, los hijos vienen a través de nosotros, pero no son nuestros. Los progenitores solo somos los arcos con los que nuestros hijos, cual flechas vivas son lanzados. Quince años más tarde, “En mi verso soy libre” regresa a mí convertido en un joven talentoso. Ha crecido, ya no es un niño, pero en sus ojos veo el destello de los míos años atrás. Me alegra este reencuentro, porque él es parte de mí y yo de él. Aunque

nos hayamos alejado, hay un lazo indestructible entre ambos, una extraña simbiosis.

Los cubanos llaman a la nostalgia "gorrión". ¿No es una expresión preciosa? Siento que mientras escribo estas líneas mi despacho se ha llenado de gorriones que me observan, curiosos, posados en las estanterías repletas de libros. ¡Son tantos los recuerdos! De repente, soy más consciente que nunca de lo que mi experiencia docente en el Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria ha marcado mi escritura: historias que se desarrollan en un hospital, la enfermedad como tema protagonista...

Cuando era universitaria, un día encontré una caja repleta de libros al lado del contenedor de la basura. La subí a casa de inmediato, como quien encuentra una botella con un mensaje en la orilla de la playa. Uno de los ejemplares era el *Libro de casos del Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*. Tras mi hallazgo, cada noche regresaba en bicicleta de la facultad con ansias por seguir leyendo aquellas historias. Una de ellas me impactó muchísimo. Se trataba del caso de una señora de 59 años que, tras un pequeño incendio en la fábrica donde trabajaba como costurera (el cual había sido rápidamente controlado sin mayores consecuencias que algunas pérdidas materiales) se sentía enferma sin saber por qué. Tras ser atendida por un psiquiatra, este la alentó a hablar sobre su experiencia en el campo de concentración de Auschwitz siendo ella tan solo una adolescente. Cuando la mujer se dio cuenta de que el intenso olor que habían desprendido los tejidos sintéticos de la fábrica le había traído a la memoria el de la cámara de gas en la que en una ocasión fue encerrada, se puso a gritar.

Alma, la protagonista de mi texto *Memoria de prácticas*, dice que la memoria de una persona es el equipaje de su vida. En mi opinión, no podemos borrar los malos recuerdos, pero sí podemos moldearlos, exorcizarlos, para que no sean dañinos, sino buenos compañeros de viaje. Y una de las formas de convertirlos en algo bello, aunque no lo sean, es el arte.

La escritura se nutre a menudo de nuestra memoria, individual o colectiva. Y además de ser sanadora para quien escribe, lo es para quien lee. Como dicen los versos de Dulce María Loynaz:

“Una palabra, solo una palabra:

Y de pronto la vida se me llenó de luz”.

Estoy convencida de que este libro va a lograr que sus lectores, en situación o no de enfermedad, encuentren algunas respuestas y, sobre todo, se formulen muchas preguntas. En vuestras manos tenéis historias repletas de preciosos recuerdos que ayudan a sus protagonistas a seguir luchando en momentos difíciles. Algunos textos relatan duros acontecimientos, ya superados, que hicieron madurar y crecer a quienes los vivieron. Son cuentos en los que se pone de relieve que los recuerdos que más perduran tienen que ver con actos sencillos y cotidianos que, a veces, con el ajetreo del día a día, no valoramos lo suficiente: el olor de la brisa del mar, los juegos infantiles, la caricia de nuestra madre...

Enhorabuena a estos jóvenes autores. Ojalá este libro de relatos algún día esté en el recuerdo de sus inicios en el terreno de la creación literaria.

A todos los que hacen posible la permanencia de este proyecto de escritura, que va mucho más allá de un simple con-

curso literario, gracias. Como afirma Loynaz: “En cada grano de arena hay un derrumbamiento de montaña”.

Raquel Pulido Gómez

CATEGORÍA A

(De 6 a 9 años)

Un recuerdo para regalar



Ilustración: Sioni López

GANADORA CATEGORÍA A

Un recuerdo para regalar

Fátima Torres Ferre

Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca de Murcia

La playa estaba desierta y Sara estaba debajo de su sombrilla de muchos colores, y al mirar hacia arriba, daba la sensación de ser un arcoíris. Había decidido pasar la tarde con su cajita roja llena de fotos que le traían a la memoria preciosos recuerdos.

Después de acabar de ver las fotos, se acordó de que en su móvil también tenía otras fotos de muchos momentos inolvidables, así que lo cogió para seguir con sus preciosos recuerdos, pasando el dedo por las muchísimas fotos que tenía. De repente, vio una en la que estaba vestida de princesa y en ese momento le vinieron a la cabeza todos los recuerdos de ese día: su madre le había puesto una larga melena y un traje de princesa que le había regalado por su cumpleaños; era su traje favorito.

Ya había llegado la hora de recoger todo y volver a casa, pues el sol se estaba metiendo y empezaba a hacer fresquito.

Al llegar a casa le enseñó la foto a su madre y empezó a hacerle preguntas para ver si ella también se acordaba de ese día y, tras sus respuestas, se dio cuenta de que había sido tan especial que se mantenía en los recuerdos de ambas.

En ese momento mamá le preguntó:

—Ese vestido de la foto, ¿no es el que tienes metido en el armario de tu habitación?

—Sí —le contestó Sara.

—¡De eso han pasado varios años! —dijo mamá—. Creo que ya es hora de que te deshagas de ese traje, seguro que ya no te viene y le podría servir a otro niño.

En ese momento, a Sara le viene a la cabeza: «¿Cómo me voy a deshacer de él, si ese traje forma parte de uno de los mejores recuerdos de mi infancia? Lo esconderé en el armario y mamá no lo verá ni me lo quitará».

A los pocos días, mamá le pregunta:

—¿Sara, has metido el traje del que hablamos el otro día en la bolsa que tengo ahí para dar?

—Sí, mamá. «Uff, menos mal», piensa Sara, «no se ha dado cuenta».

Pasados algunos días, Sara está preparándose para ir al instituto cuando un olor riquísimo le dice que mamá ha hecho crepes para desayunar, así que, coge sus cosas y baja corriendo dando gritos de buenos días, ¡va a ser un día especial!

—¡Qué rico, mamá! Recuérdame todos los días que te diga antes de irme al instituto lo mucho que te quiero —dice Sara.

Al llegar al instituto, su mejor amiga, Eva, la está esperando para entrar juntas como todos los días. En la puerta la profesora les dice que pasen rápido a la clase porque hoy un experto les va a dar una charla muy interesante con fotos en la pizarra digital sobre los niños pobres, aquellos que no tienen comida, bebida, refugio, ropa...

Sara se ha quedado impresionada por la charla y, al llegar a casa, sube corriendo a su armario para coger el vestido que había escondido y le pregunta a mamá:

—Mamá, ¿has dado ya la bolsa de ropa que habías preparado para los niños que no tienen nada? Tengo que confesarte que lo había guardado para mí, pero al escuchar la charla del instituto he decidido darlo para que ayude al que lo reciba a tener tan buenos recuerdos como los míos.

Los peores recuerdos de mi vida

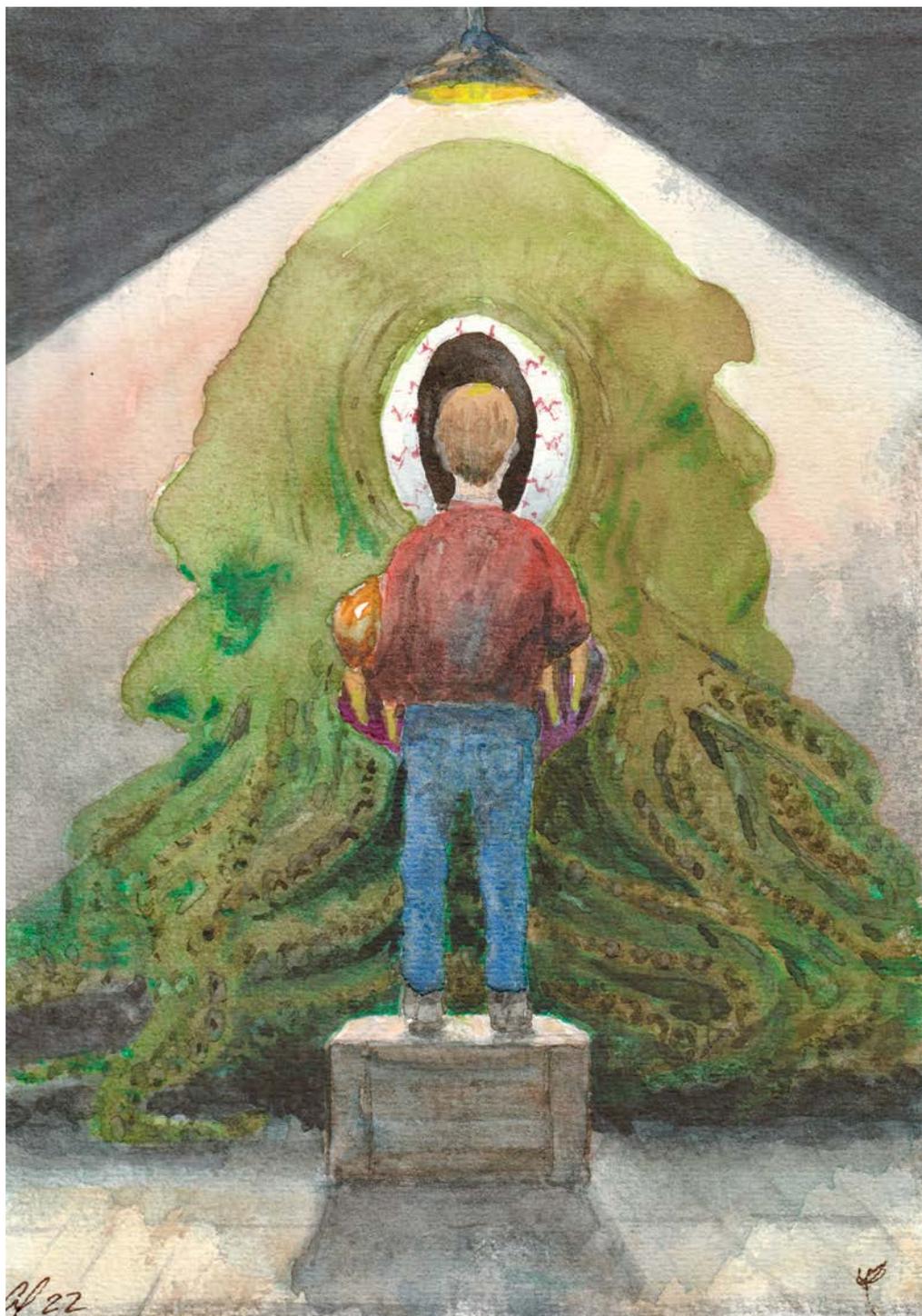


Ilustración: Asís Pazó

Los peores recuerdos de mi vida

Miguel López Salas

Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca, Murcia

Tengo muchos malos recuerdos en mi vida. Entre todos ellos hay dos que no puedo olvidar. «¿Cómo pude estar tan ciego durante tanto tiempo?».

Tenía una pequeña teoría sobre lo que había en aquella habitación prohibida de mis padres que se situaba en el sótano. No iba a desperdiciar la oportunidad de descubrir qué era aquello que tanto miedo me daba de pequeño.

Esa noche me levanté de la cama, exactamente a la 1:23 am.

Me llené de valor y subí las escaleras hasta el desván, donde se encontraba aquella ‘habitación prohibida’. Ignoré el cartel escrito con la típica mala letra de mi madre que creo que decía: «STOP, NOT ENTER». Cogí el pomo de la puerta y lo agarré bien fuerte. Cuando la abrí, deseé no haber nacido nunca... Vi algo horrible, asqueroso, espantoso y terrorífico.

La segunda historia la recuerdo aún peor, pero trata de la misma sala secreta. Ocurrió justamente al día siguiente, por la mañana.

Estaba en el colegio, en clase de ciencias sociales. Mi profe empezó a soltarme un rollo de los políticos. Me aburría, así que me puse a dibujar en una hoja de mi cuaderno aquella cosa horrible, asquerosa, espantosa y terrorífica.

—¡RIIIIIIIING! Sonó la sirena de mi cole.

Rápidamente recogimos todos los libros y nos fuimos como una bala. Volví a casa y me puse a ver la televisión. La idea de volver a la habitación prohibida revoloteaba por mi cabeza, y no dejaba en paz a mi diminuto cerebro. «¡Tengo que volver!».

Aquella noche me levanté a las 00:57 am.

Entré dispuesto a conocer mejor aquella cosa horrible, asquerosa, espantosa y terrorífica. Me volví a encontrar con aquella BESTIA y, acercándome a ella, comprobé que no parecía venir de este mundo ni tampoco tenía pinta de ser muy amable.

No iba a dejarla encerrada en la habitación otra vez, porque sé que la intriga me llevaría otra vez hasta esa habitación.

El monstruo era como un moco gigante que conducía electricidad en su interior. Tenía un solo ojo y unos dientes superafilados. Poseía unos veinte tentáculos muy largos. Era de un color entre verde y morado.

A mi lado había un balón de baloncesto pinchado y una caja vacía. Me subí encima para parecer más alto y cogí el balón. El monstruo me amenazó enseñándome los dientes.

Le lancé la pelota tapándole su horrible único ojo. Tenía pinta de ser peligroso, pero a pesar de ello lo conseguí tumbar:

—¡Victoria! —dije entusiasmado y muy orgulloso de mí mismo.

El monstruo se levantó, más cabreado aún, por supuesto. No

tenía ni idea de qué iba a hacer ahora. «Piensa, Miguelito, piensa. Un monstruo gigante que hay en tu desván y que parece venir de otro mundo pretende hacerte puré de bicho», me dije a mí mismo muy preocupado. Me acerqué a él a ver qué pasaba. Fue muy arriesgado, pero lo hice.

Me dio un manotazo y salí disparado por la ventana.

La puerta estaba cerrada y solo quedaba la vieja ventana llena de cristales rotos con una cuerda muy poco estable colgando de ella. Era mi última oportunidad, y no podía quebrarla intentando trepar.

Entonces me desperté.

Sobre mi cama alguien me dejó una carta diciendo que no era un sueño.

Nunca más volví a entrar a aquella espantosa habitación.

La gran sorpresa de Daniela

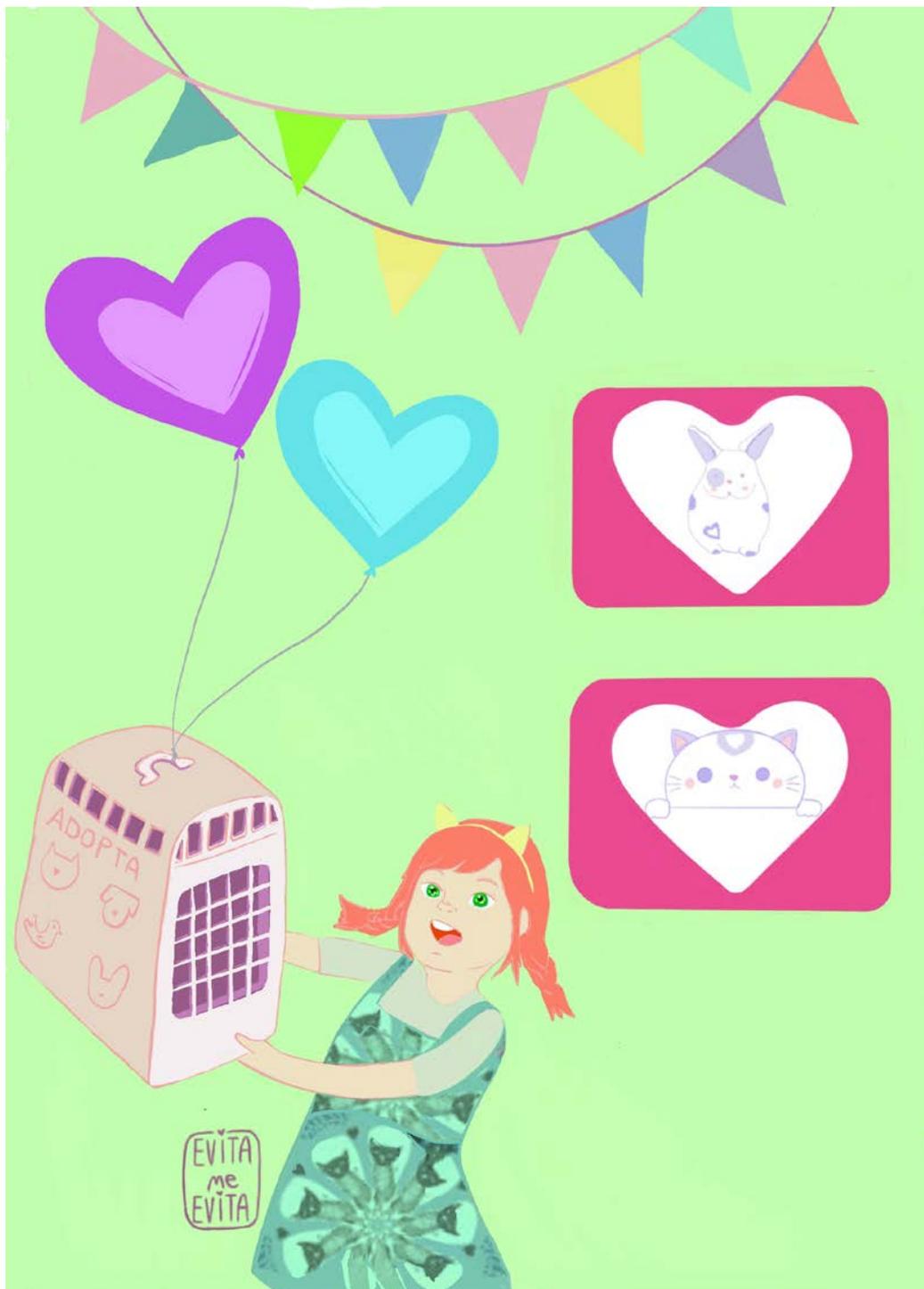


Ilustración: Eva Cortés

La gran sorpresa de Daniela

Rocío Agüera Fernández

Hospital General Universitario Santa Lucía de Cartagena

Esto ocurrió hace mucho tiempo, y así como me lo contaron a mí, os lo cuento yo a vosotros.

Era una niña llamada Daniela que le encantaban los gatos. Cada vez que veía uno por cualquier lugar le brillaban los ojos y los miraba fijamente. Ella tenía una obsesión enorme con tener uno de ellos en su casa, es decir, un pequeño gato o gata.

Ya se acercaba su noveno cumpleaños y se lo pedía a sus padres, y ellos lo negaban, porque los gatos, aparte de ser muy curiosos, cargaban con una responsabilidad enorme.

Dos días antes del cumpleaños, fueron a una tienda de animales en la que había conejos, hámsteres, peces, pájaros, loros y pienso.

Esta vez, Daniela vio un conejito muy mono y pequeñito. Era blanco y gris. Daniela le dijo a su madre:

–Mamá, ya que no quieres un gato, quiero ese conejito.

–Bueno, hija, ya veremos.

A Daniela le sorprendió que su madre le dijera eso. Se fue muy contenta a su casa, confiando en que su madre lo adoptaría.

Ese día le contó a su prima todo, ya que ella y su prima tenían mucha confianza y casi todos los días hablaban.

Era el día de su cumpleaños y Daniela estaba supercontenta y emocionada:

—Felicidades, cariño —dijo su madre emocionada.

—Muchísimas gracias, mamá —contestó Daniela, también muy emocionada.

Daniela prefirió no preguntarle a su madre nada de si le haría una fiesta, porque podría ya no ser tan sorpresa.

Cuando Daniela regreso del colegio, fue a casa de su abuela a comer y también había tarta de los tres chocolates; la favorita de Daniela. Le encanta el chocolate.

Daniela, muy contenta, empezó a abrir regalos. Ella seguía y seguía mirando, pero por más que miraba, no estaba el de su madre, así que Daniela se puso un poco triste.

De pronto, alguien tocó la puerta. Daniela fue a abrir con un plato de tarta en la mano. Cuando abrió la puerta, vio que había una persona que parecía ser cartera, y con ella había una caja blanca y grande con agujeros.

Su madre le dijo que ese era su regalo, es decir, lo que había dentro era el regalo. Daniela pensaba que sería el conejo. Corriendo y contenta abrió la caja y vio que... no era un conejo, sino que era una gata. A ella le hizo tanta ilusión que se echó a llorar, y ese fue el día que Daniela conoció a Luna.

Esa gata, que ya prontito cumplirá un año, los cumplirá el 30 de marzo de este año, ya no será tan bebé.

El jardín mágico



Ilustración: Clara Cordero

El jardín mágico

Antonio Luque Muñoz

Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca de Murcia

Una tarde de primavera salí al patio de mi casa, que estaba lleno de flores y, viendo las flores, recordé lo que me pasó en un ‘mágico día de primavera’.

Recuerdo perfectamente que esa tarde salí al patio de mi casa, como muchas otras, a regar las plantas de mi jardín. De pronto, cuando terminé de regarlas, aparecieron unas hadas bajando del cielo que hicieron florecer todas las plantas. Entonces, las hadas me invitaron a oler las flores; cada vez que iba oliendo una de ellas yo iba entrando en un jardín gigante con un montón de plantas nunca vistas y de flores de todos los colores, tamaños y olores. Había azahares, jacarandas, amapolas, rosas, fresillas y muchas más.

A continuación, las hadas me llevaron a un bosque donde había un portal de flores muy grande. Al abrir el portal, aparecí en el patio de mi casa, pero todas mis plantas estaban allí vivas; unas cantaban, otras bailaban, otras jugaban y otras se paseaban por el patio. ¿Queréis saber por qué? Un hada había echado un hechizo y yo quedé maravillado.

Ya era de noche, así que me fui a dormir, pues estaba cansado de tantas aventuras.

Al día siguiente, al despertarme, fui corriendo a regar, como me gustaba hacer todos los días, y aparecieron las hadas otra vez e hicieron que las plantas tuvieran vida de nuevo, pero ese día también aparecieron 'floreshadas' que cada vez que volaban sobre alguna de mis plantas, hacían que salieran otras más bonitas y ricas.

Todo esto hizo que aparecieran muchas abejas y frutas, como naranjas, plátanos, manzanas y otras que yo nunca había comido.

Como estaba un poco asustado, las hadas me llevaron delante de la 'flogema', de la que salía toda la magia. Ella me explicó que si algún día se apagaran todas las plantas, las hadas también se apagarían y que todo perdería su color.

Por eso, cada día, cuido mi jardín con todo mi cariño. ¡Haced vosotros lo mismo y cuidad todas las plantas!

Mi primera vez en el hospital

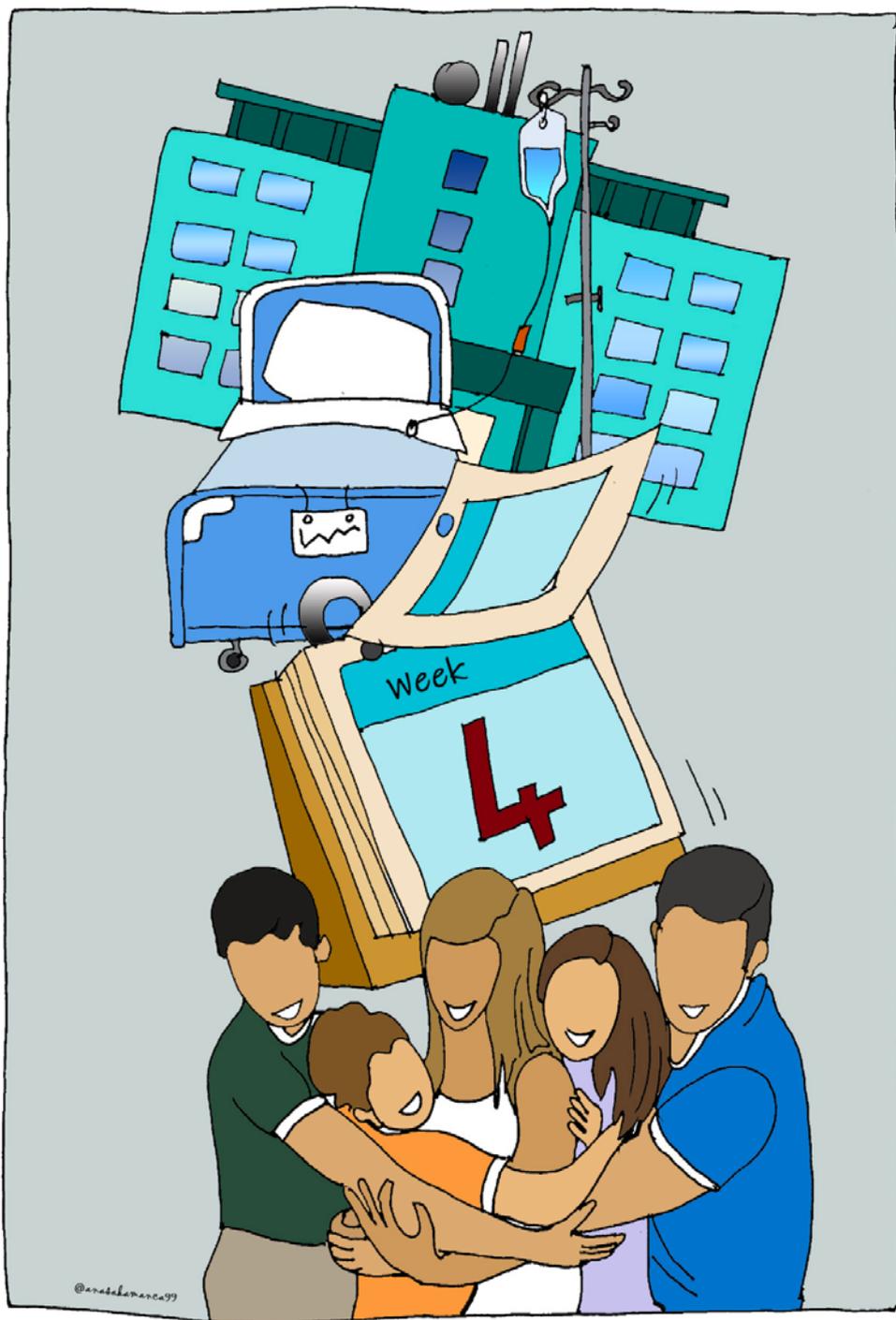


Ilustración: Ana Mangas

Mi primera vez en el hospital

Jaime Montalbán Vicente

Servicio de Atención Educativa Domiciliaria de Murcia

Todo empezó cuando tenía cinco años y todas las tardes me daba fiebre.

Mi pediatra no encontraba el problema, y mis padres decidieron ir a urgencias del hospital. Los médicos dijeron que me tenía que quedar ingresado. Recuerdo la sensación de miedo e incertidumbre, porque nunca había estado en un hospital.

Yo solo preguntaba a mis padres cuánto tiempo tenía que estar en el hospital, pero ellos no lo sabían tampoco.

Al llegar a la habitación me tranquilicé.

A la semana de estar ingresado me dijeron que tenía una neumonía necrotizante, pero los antibióticos no hacían efecto. Yo me asustaba mucho cuando me cambiaban la vía de un brazo a otro. Hasta cinco veces me la cambiaron.

A la tercera semana de ingreso nos dijeron el por qué no hacía efecto la medicación. Me detectaron una enfermedad rara llamada enfermedad granulomatosa crónica.

Por fin, a las cuatro semanas me dieron la gran noticia de que podía irme a casa y podía ver a mi hermano y primos después de

casi un mes ingresado. Mi encuentro con ellos nunca se me olvidará. Yo llegaba en el coche con mis padres y ellos llegaban del colegio con mi tía. Se abalanzaron todos sobre mí. No parábamos de reír y llorar a la vez.

Días de nieve



Ilustración: Almudena Soriano

Días de nieve

Lara Varea Ballesteros

Hospital Universitario de Getafe - Madrid

Era un viernes de enero y la gran sorpresa es que la nieve comenzaba a posarse en el parque, en los coches, en los tejados de las casas, etc. Todo era blanco, frío.... pero un bello paisaje.

El sábado, el domingo, seguía nevando... La nieve se iba acumulando por todos los sitios.

Los coches no podrían ir por la carretera, la nieve lo ponía difícil. Más tarde, las máquinas quitanieves la fueron retirando.

Mi colegio estaba lleno de nieve. En el patio de la parte infantil no se veían los juegos porque la nieve los cubría.

Como no podíamos acceder al cole, tuvimos las clases por videoconferencia, y así fuimos avanzando. Los profes nos ponían tareas y deberes de todo lo que nos explicaban.

Por la tarde, quedaba con mis amigas para hacer un muñeco de nieve. Primero, mi padre y el de mi amiga hicieron la primera bola de nieve para el cuerpo; era la más grande. Le pusimos tres botones negros para que se pudiera abrochar la camisa y dos pies con zapatos para que no pasara frío.

A continuación, cogimos nieve para formar la cabeza. Ayudados por nuestros papás, hicimos dos cabezas. Dejamos que rodaran y así resultaron unas bolas más grandes.

Cogimos la más pequeña y la colocamos encima del cuerpo. Le pusimos unas piedras como ojos; de nariz, una zanahoria, y de boca, una hilera de botones. Los brazos eran dos palos gruesos y largos.

Además, le añadimos una bufanda de cuadros de color verde y un sombrero de mi hermano. ¡Quedó muy bonito! Nos hicimos muchas fotos con Pedro, que así se llamaba nuestro muñeco de nieve. Todas las tardes bajábamos a jugar con él y para ver si necesitaba algo de comida y bebida.

A los pocos días, Pedro iba haciéndose cada vez más pequeño, hasta que un día desapareció. Me dio mucha pena, pero lo pasamos muy bien con su compañía.

Una fila de animales y mis recuerdos



Ilustración: Laura Acosta

Una fila de animales y mis recuerdos

Adriana Díez García

Hospital General Universitario Santa Lucía de Cartagena

¡Hola! Hoy os voy a contar sobre lo que recuerdo de mis amigos, los animales.

Érase una vez, y lo recuerdo muy bien. Os dejo con ellos.

LA GATITA:

Esta es la gata de mi madrina, apenas tiene ni dos años, bueno tiene uno y medio, pero es muy pequeña. Se llama Luna y, la verdad, es muy miedosa. Al ser un bebé, al tener miedo a quien no conoce, no te conviene acercarte a ella directamente porque te araña y te muerde. Primero, haz que te huela la mano y acaríciala un poco, pero un poco solamente, si no quieres recibir un ataque de... ¡Superluna, la gata!!!

LOS PERRITOS:

Este es el perro de mi prima Laura; se llama Toby. Él tiene once meses (me parece), y al tener menos edad que la gata Luna de antes, es igual de juguetón. Incluso, a veces, puede ser un poco

pesado, porque cuando hace mucho tiempo que no ve a nadie que le gusta, se pasa toooooodo el rato al lado tuyo a dos patitas. Es blanco y le huele el aliento como a todos los perros y, bueno, también están los dos perros de mi tita, se llaman Bimba y Pato. Pato es de color negro y tiene siete años y Bimba tiene seis. Pato es juguetón y a Bimba no le gustan los niños, pero todos los perros son fantásticos.

LOS FUTUROS PECES:

Bueno, definitivamente no os puedo decir cómo van a ser los futuros peces porque son del futuro, pero lo que si os puedo decir es cómo se van a llamar: uno se va a llamar Nemo, y el otro, Dori. Nemo va a ser chico y Dori, chica. Otra cosa más que me acuerdo que me dijo mi madre es que van a tener una pecera grandísima, y os voy a recordar que la pecera va a estar decorada superbonita, espero que pronto estén ya en mi casa.

EL LOBO:

Seguro que todos conocéis al lobo de Caperucita Roja, un cuento clásico, y pensé... ¿por qué no hablar de los recuerdos de un personaje de cuento en un cuento? ¿Verdad? Bueno, lo que recuerdo es que el lobo era malo y muy astuto. ¿Es Feroz el nombre del lobo o es Lobo? Podrían ser las dos cosas, ¿no? Bueno, supongo que nunca lo sabremos.

LOS DELFINES:

¿Sabéis que yo vi delfines? Supongo que no, pero recuerdo que a mi padre le enviaron un video de unos delfines saltando en la ría de Punta Umbría, que es una ciudad donde viven algunos familiares míos, la ría está superfría, lo recuerdo muy bien. Lo alucinante es que vi delfines de verdad!!!

LA ESTATUA DE LA COLA DE BALLENA:

Recuerdo que en el puerto de mi ciudad, muy turística por su historia, hay un monumento que muchos que viven allí, o la han visitado, lo conocen o, por lo menos, lo creo así.

Es la cola de ballena que está en el agua, y tiene catorce años y muchos ojos mirándola. Es espectacular. Nadie que la mire la habrá podido olvidar jamás!!!

—La verdad es que todo el mundo tiene un recuerdo que contar, te digo por qué, pues porque nuestra vida está hecha de recuerdos. Cuando algo pasa, un recuerdo que viene, y cada vez se van esfumando más y más, pero los recuerdos que más te importan, los recuerdos que nunca quieres olvidar, como los animales que han pasado por tu vida o como la primera vez que montaste en bici, para esos recuerdos no hace falta la cabeza para recordarlos porque esos recuerdos se guardan en el corazón y los recuerdos que valen la pena recordar, esos sí que nunca se olvidan.

Recuerdos inolvidables

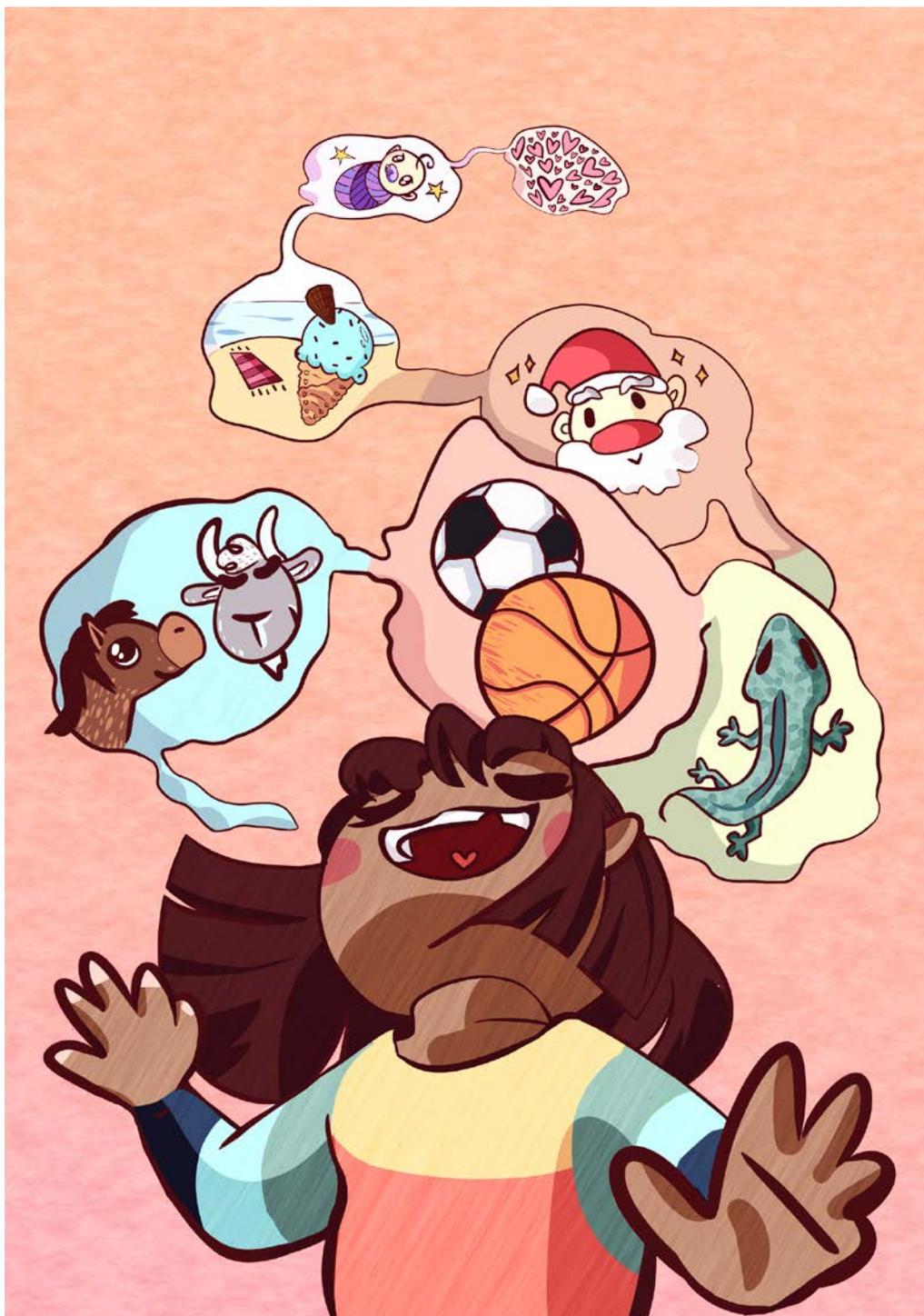


Ilustración: Bicho

Recuerdos inolvidables

Naira Lucía Ortega Gómez

Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca de Murcia

Tengo muchos recuerdos y hoy me toca contarlos. Aunque no sé por cuál empezar, empezaré por el día que me fui a una casa rural con muchos parques y animales. Una de las cosas que más me impresionó fueron los caballos porque yo nunca los había visto tan de cerca. Uno de ellos era un poni y me pude montar varias veces. Eran tan bonitos que me quedé fascinada. También me gustó mucho darle de comer a las cabras, sobre todo a una pequeña que estaba un poco loca. Para ocupar el tiempo, estuvimos jugando al fútbol y al baloncesto mi padre, mi hermana y yo y, aunque había dos piscinas, como era invierno, no pudimos bañarnos. Fue toda una lástima. Por la noche estaba todo iluminado y esa foto quedó en mi recuerdo.

Para mi siguiente recuerdo empezaré a contaros que vivo en un pueblo de la región de Murcia llamado Cieza, donde tenemos una bonita sierra llamada Atalaya y es aquí donde empieza mi recuerdo. Fue un día en el que fuimos de excursión mi abuela, mis primas y yo para visitar un pueblo y un cementerio árabe, después subir a la ermita donde está nuestra patrona, la Virgen del Buen Suceso y mirar desde allí esas preciosas vistas donde se ve todo el pueblo y, cómo no, su río. Yo no sabía que teníamos co-

sas tan bonitas en mi pueblo, hasta un lagarto supergrande que nos sorprendió a mi prima y a mí mientras jugábamos, ¡menudo susto!, pero ese día lo recuerdo con mucha alegría.

Y cómo no recordar mi visita en Navidad al centro comercial y encontrarme a Papá Noel, ¡qué ilusión! , aunque os contaré que a mi hermana le dio un poquito de miedo y no quiso acercarse. Más adelante, vimos un tren que daba vueltas y eso sí le gustó, así que nos montamos y papá y mamá pudieron hacernos muchas fotos. Cuando llegó la hora de regresar a casa, entramos a una tienda llena de juguetes en la que pudimos elegir los juguetes que les íbamos a pedir a los Reyes. ¿Os dais cuenta de que fue una tarde inolvidable?

Del frío del invierno pasaré al recuerdo del maravilloso viaje en verano a la playa, concretamente mi visita a Calpe. ¡Fue genial! Desde el desayuno con churros, el paseo por la playa y, sobre todo, el baño, porque a mí me gusta mucho bañarme, nadar por el fondo e, incluso, bucear, jugar con la arena, con mi hermana y con mis primos. También subimos hasta un parque natural donde escalamos rocas y vimos un pozo, pero, al regresar, acabamos en un parque de arena donde hicimos castillos y donde nos entró tanta hambre que decidimos buscar un Burger King o una pizzería y, para más satisfacción, acabamos en la feria y en la heladería para tomarnos un helado (tarrina o granizado). Fueron los mejores días de mi vida.

Pero el mejor y más grande recuerdo fue cuando nació mi hermana, ya que me hacía mucha ilusión ser la hermana mayor y tener una compañera de juegos y de vida.

CATEGORÍA B

(De 10 a 13 años)

Punto y coma



@maths4everything

Ilustración: Pedro Antonio Martínez

GANADOR CATEGORÍA B

Punto y coma

Kai Ferreira Dias

Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca de Murcia

Me encuentro boca abajo en un sofá, junto a mi hermana, esperando instrucciones para limpiar. No tengo ganas, estoy cansado y tengo hambre.

—¿Qué vamos a comer? —pregunto algo desesperado.

«Tengo hambre». Eso me repite mi estómago, o eso entiendo yo porque llevo sin comer unos cuantos días. No obtengo respuesta. No me ha escuchado. Me agobio un poco, así que, cambio de posición, me levanto, me dirijo al baño y mi hermana sigue limpiando. Me miro al espejo y, sin ninguna razón aparente, los pensamientos comienzan a tocar la puerta de mi conciencia, exigiendo, con ganas de entrar.

Veó cómo la habitación se hace pequeña, me siento, y abrazo y abrazo mis piernas como si fueran mi último recurso de supervivencia. No me da tiempo a llorar, me arrepiento de no ser más cauteloso cuando veo a mi hermana observándome desde la puerta. No he puesto el pestillo. Mierda. Me abraza y me pregunta que qué me ocurre. Yo me pongo cómodo, siento el calor de sus brazos, ese que tanto anhelaba. Me siento protegido, pero me

recorre un escalofrío y rompo en llanto al pensar en todo lo que pasa entre estas cuatro tristes paredes.

Recuerdo lo que pesa en mi cabeza el hecho de no haber sido nunca lo suficientemente fuerte como para hablar con ella. Me lleva al salón, me siento e intento controlar mi respiración. Vuelvo a la realidad. Miro a mi hermana a la cara. No sé si estoy preparado. Ella me repite que todo va a salir bien, que no me preocupe. Yo la abrazo. La echaba de menos. La energía del contacto físico me dice que debería dormir un poco; me levanto y me voy a mi cuarto.

Mi apetito ha desaparecido, miro al techo mientras dejo caer mi cuerpo sobre la cama. No quiero dormir. Me hundo en mis pensamientos y sueños. ¿Qué pasará? ¿Será como todos dicen? ¿Estoy asustado? No lo sé, no quiero saberlo. El sol me da en la cara, estiro la mano para cerrar la persiana, vuelvo a mirar al techo. Una, dos, tres lágrimas comienzan a caer por mi rostro haciendo que mis ojos ardan de furia.

Sí, estoy enfadado, estoy asustado, esta es mi última oportunidad para dejar de sufrir; digo que no importa, pero tengo miedo, miedo del destino. ¿Qué me espera? ¿Qué espero? No lo sé. Eso me agobia, mi cuerpo se mueve al ritmo que marca mi pierna inquieta encima de la cama. ¿Seré suficiente? Esas estúpidas preguntas que me impiden vivir tranquilo hacen que apriete los dientes; mi mano reposa en mi pecho. Tengo que pararlo, tengo que estar en calma, me muerdo la lengua, me duele, me aguanto. Para, respira, para, piensa, para, solo para. Mis pensamientos son interrumpidos.

—¡A cenar!

Salvado por la campana, me siento y miro a la pared, analizando la situación. Solo quedan unos minutos, siento presión en el pecho, estoy mareado, siento que me caigo, como si estuviera ebrio. No lo estoy, pero esto es peor, me duele la cabeza, salgo de mi cuarto y escondo todo en una sonrisa.

Veo la cena en la mesa, ayudo a mi hermana a terminar de poner los cubiertos y me siento en el sofá. Ella termina de limpiar la cocina. Todos los planes que me ha contado, ¿serán verdad? Espero que sí.

Suena el timbre, comienzo a temblar, mis manos sudan, escalofríos intensos me recorren como si estuviera enchufado a una corriente eléctrica. Mi hermana abre la puerta. Ahí lo veo, con su típica mochila, que tiene más años que los faraones de Egipto. Se acerca. Un nudo en mi garganta no me permite hablar, mis lágrimas tampoco salen, estoy en *shock*, me abraza y siento un fuerte olor. Está sudado, no me importa, lo abrazo de vuelta mientras él me dice:

—Hola, mi nene.

Cojo aire, pienso en lo que hemos planeado, en esa mudanza, en ese cambio. ¿Me voy a vivir con él? Tengo el poder, yo decido. ¿Quiero? ¿Quiero cambiar el rumbo de mi vida? ¿Quiero ser yo? ¿Quiero arriesgarme? Sí, joder, sí quiero, lo necesito.

—Hola, papá, digo con la voz rota.

Acepté mejorar mi vida y ahora, punto y coma.

Una sorpresa violeta



Ilustración: Francisco Riquelme Mellado

Una sorpresa violeta

Álvaro Mérida Fernández

Hospital General Universitario de Albacete

Las Navidades del 2021 empezaron torcidas.

Mi hermana Sara estaba confinada por contacto con un positivo en Córdoba y nuestros planes de ir a Almagro con la familia peligraban.

Por fin, el 27 de diciembre levantan el confinamiento de Sara y nos animamos a viajar hasta Almagro para ver a la familia.

El 31, en Nochevieja, recibimos el Año Nuevo con mucha alegría, pero a la noche siguiente, la del día 1 de enero, me empecé a encontrar mal y tuvimos que ir al hospital de Ciudad Real, donde me hicieron pruebas y me dieron un susto gordo: me trasladaron en helicóptero de urgencias al hospital de Albacete por una mala rotación intestinal para operarme de urgencias.

Mis padres detrás del helicóptero, por tierra, en su coche.

Tuve que entrar solo al quirófano con mucho miedo y sin poder ver a mis padres.

Cuando me desperté, habían pasado tres días y yo estaba en una UCI; era el día 5 de enero y me estaban quitando la sedación.

De pronto, de repente oía decir: «Que viene, que viene...».

Yo pensé: «¿Será un cirujano?, ¿serán los Reyes Magos?, ¿estaré alucinando?».

Desde la cama del box de la UCI vi entrar a una mujer seguida de los Reyes Magos y se acercan a verme.

Una mujer de pelo largo me saluda: «¿Cómo estás? Soy Rozalén, María Rozalén. ¿Te canto algo?».

En ese momento fui atando cabos: Navidad, Albacete, Rozalén, girasoles...

Y en medio de todo eso la canción *La puerta violeta* que me dio un gran empujón de ánimo en medio de tanto susto.

Una maleta de recuerdos

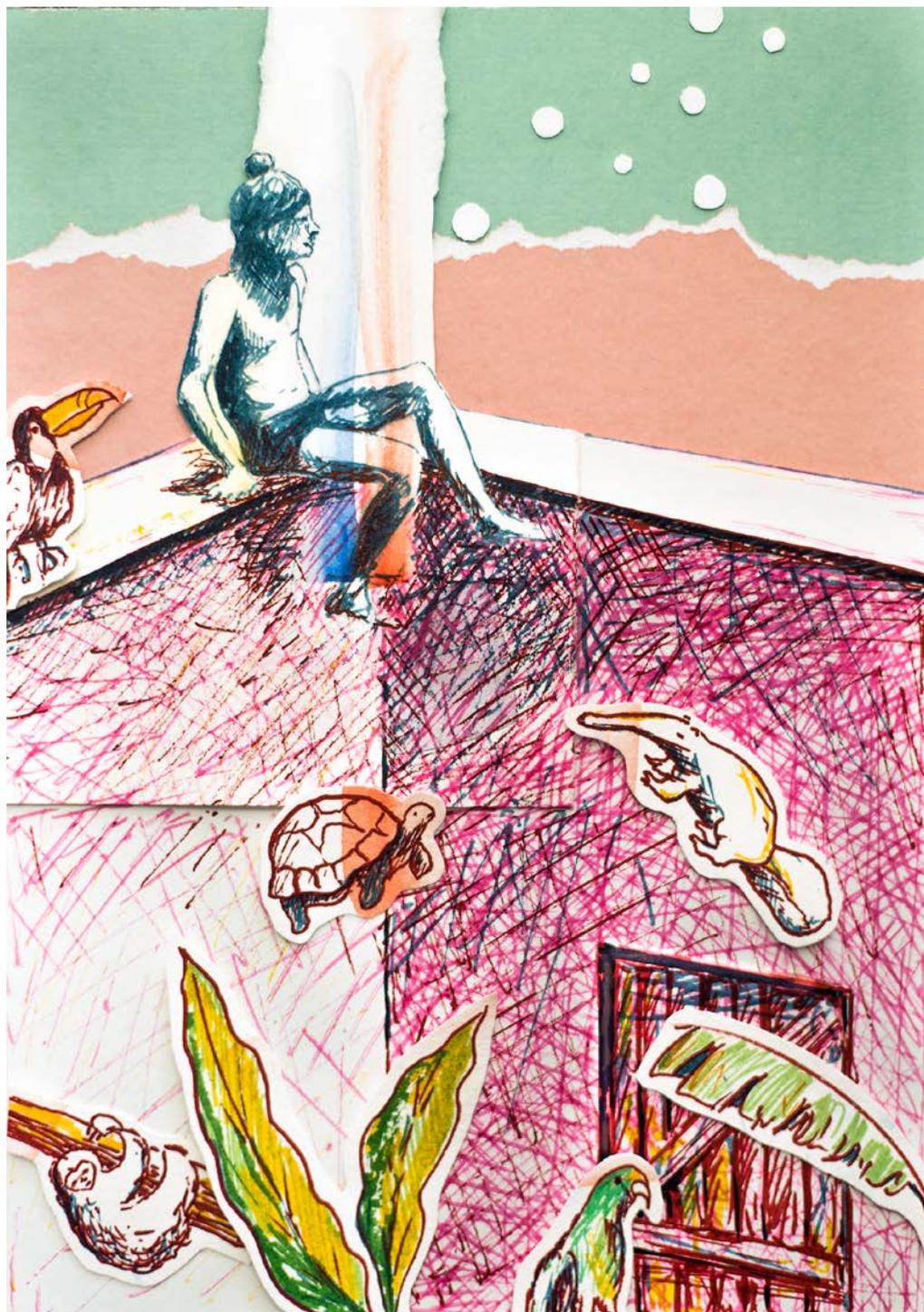


Ilustración: Elena Sol

Una maleta de recuerdos

Fabio Valdés Castro

Hospital Universitario de Cabueñes de Gijón - Asturias

Mis recuerdos de Venezuela empezaron cuando tenía tres años en un enorme patio en el que no paraba de jugar. El patio tenía muchos árboles que tenían varios frutos: mangos, cerezas ácidas y bananas, y mi abuela me hacía helados caseros de mango. Era como el paraíso. Los días soleados y calurosos yo comía frutas tropicales, y había muchos animales como los del arca de Noé: pájaros de brillantes colores, tucanes, pericos, vacas, gatos, perros, tortugas de tierra, perezosos y osos hormigueros. Decían que por allí cerca había pumas, aunque yo nunca vi uno de esos, pero mi primo mayor presumía de haber visto uno en la rama de un árbol. Y jugaba con mis primos muchos juegos. Uno que nos gustaba mucho era «corran del indio», que consistía en escapar de un indio y subir a las tapias, y lo inventamos para burlarnos de un muchacho indio (¿qué será de él?).

En aquel paraíso había tarántulas. Un día, descubrí una en mi habitación y me dio mucho asco. Mi padre la sacó de allí y desde entonces miraba desconfiado los huecos de mi casa por si sacaban por allí una pata peluda o algo peor.

En aquellos tiempos mi hermano Fabrizio y yo íbamos a una escuela en medio del pueblo que se llama Guarataro, y mi

escuela era de color azul, blanco y verde, y podíamos ir cuando quisiéramos, y tenía barrotes en lugar de cristales. Todavía recuerdo los nombres de algunos amigos de aquella escuela: Juan Addiel, Gabriela, Enso y, aún no sé por qué ponían barrotes, si no había nada que robar.

Un día, la crisis y las enfermedades nos echaron del paraíso y tuvimos que hacer las maletas. Cuando nos vinimos a España, lo único que nos trajimos fueron los recuerdos.

—Mamá, ¿ya estamos en España?

—Que sí, hijo, y recuerda que España es un país, no una ciudad.

En aquellos días yo de España no sabía nada. No sabía que hacía tanto frío y me tuve que poner dos chaquetas, tres polerones y dos camisas, nada más llegar al aeropuerto.

Enseguida conocí a mi prima Geli que nos dio varias cosas ricas, como un chocolate enorme, una tarta y unas frutas deliciosas como kiwis, y también unas frituras. ¡Cuántos sabores nuevos! Además, no había comido en dos días...

Echaba mucho de menos mi patio y el río Guarataro y las historias de las anacondas que viven allí. Hoy, mi abuela ha venido a verme al hospital y me ha contado que una vez atraparon una enorme anaconda que acechaba a sus presas en el río y se la llevaron en un camión de grande que era. En ese río me bañaba yo y las mujeres lavaban la ropa.

Me gusta Asturias y de vez en cuando, los domingos, vamos a la montaña o a ver la ciudad, pero recuerdo que es domingo y mañana es lunes... Aquí voy al colegio todos los días.

Mi abuelo, quiero que sepas que te extraño y medio (como decimos en Venezuela).

Recuerdos de ayer



Ilustración: Álvaro Peña

Recuerdos de ayer

Nora Martín Ortiz de Landázuri

Hospital Universitario de Salamanca

Lo recuerdo todo como si fuera ayer.

Empecé el insti en la ciudad porque mis padres consiguieron un nuevo trabajo.

Desde entonces, no paraban de trabajar. Esas escapadas de los domingos para hacer una barbacoa se acabaron.

Mi hermana mayor siempre ha sido la lista de la casa, la superdotada. Siempre centrada en los estudios, seria, guapa y la del nombre bonito: Asia Surero. En resumen, todo lo contrario a mí.

Yo era graciosa, pero sacaba malas notas, distraída, desorganizada, siempre metiéndome en líos, aunque no quisiera. Tampoco era guapa, y tenía un nombre raro, Elba Surero, apellido que siempre evitaba decir.

La única razón por la que yo era feliz era por Clara, mi mejor amiga. Pero, desgraciadamente, no vivía en la ciudad, sino en mi antiguo pueblo, Humor. Por eso, ya no existían razones para sacar una sonrisa de esas que iluminan el día. Aunque las echaba de menos.

Opté por comprar este diario. No solo para contar mis problemas. Sino para realizar un plan para volver a ver a Clara.

Era perfecto, nada podía fallar. Saldría el lunes nada más terminar la clase. Haría un tiempo espléndido, según decían en el telediario, y nadie de los presentes se preocuparía por mí. Cogería el autobús y me llevaría directamente a Humor, mi pueblo, y conseguiría ver a Clara.

Llegó el lunes. Hacía un buen día, como estaba previsto. Pero al salir del instituto llovía y tronaba. Pero eso no me detuvo. Fui a la parada de autobús y el conductor me dijo que no podía transportar a nadie por las fuertes lluvias. Así que, fui a llamar a mis padres para que me recogieran. Aplazaría el plan inicial. Mientras sacaba el móvil de mala gana y farfullaba que siempre se equivocaban con el pronóstico del tiempo, un fuerte rayo llegó hasta mi teléfono, haciendo que se quedara chamuscado, y me llegó una pequeña descarga a mi mano. Sola, sin padres, sin autobús, sin nada... Me propuse hacer autostop y continuar con el plan.

Media hora más tarde, una pareja con un bebé y un caniche con un lazo espantoso pararon. Un poco dudosa les dije que si me podían llevar hasta el pueblo Humor. La chica que iba en el asiento del copiloto dijo:

- ¿No eres muy pequeña para viajar tan lejos tú sola?
- Parece que soy más pequeña de lo que aparento —dije yo.
- Pues te hemos visto salir del instituto.
- ¿Cuántos años tienes? —preguntó el chico que conducía.
- Trece.
- ¿Tus padres saben a dónde te diriges?

—Pues claro —vacilé.

De repente, el caniche empezó a enseñarme los dientes y a gruñir.

—¿Qué dices? —preguntó la chica al perro como si fuera a responder.

—Ya, yo pienso lo mismo —dijo la chica, después de un ladrido del caniche.

Pasamos por una gasolinera y la copilota me preguntó:

—¿Podrías bajar a coger unas patatas o algo para poder reponer fuerzas?

Me dio dos euros y fui a comprarlo cuando, de repente, escuché el motor de la furgoneta, y cuando quise reaccionar, ya había arrancado.

—¡No te ayudaremos a escaparte de tu casa! —dijo la chica.

Ya sin saber qué hacer, fui andando hasta que anocheció, y me encontré una casa. Llamé a la puerta. Me abrió una anciana y le dije que si podía pasar la noche ahí y ella me dijo:

—¡Cómo no, eres mi nieta favorita! —exclamó.

—Perdone, pero no soy su ni...

—Te prepararé tu plato favorito: coles de Bruselas a la vinagreta.

—Pero si no me gustan las co...

—¡Ya verás cómo nos lo pasaremos! Tienes una habitación para ti sola. No tendremos que dormir juntas como en ese hotel al que fuimos. ¿Lo recuerdas?

En menos de cinco minutos apareció frente a mí un gran plato de coles de Bruselas y, la verdad, tenían mucha peor pinta que

las que tomaba mi familia. No sé cómo era el plato favorito de su nieta real. Aparté el plato de mi cara y me excusé diciendo que no tenía hambre.

Había sido un viaje muy largo, así que me subí a la habitación para descansar y pensar en lo que haría al día siguiente. Poco a poco, me fui quedando dormida. En mitad de la noche escuché una música *heavy metal* muy alta y recorrí el pasillo preguntándome de dónde podía provenir el ruido. Abrí la puerta y me encontré a la abuela con unas gafas de sol, el pelo suelto y agitando la cabeza al son de la música. Volví a mi cama pensando que al día siguiente me debería ir pronto.

Cuando desperté, la anciana me había preparado un desayuno muy rico, pan con huevos fritos. En eso la tenía que felicitar y, cuando terminé el plato, le di las gracias. De repente, la anciana me miró a la cara y gritó:

—¡Eh! ¡Tú no eres mi nieta! ¡Fuera de aquí! ¡Coge tus cosas y vete!

Cogí a toda prisa mis cosas y salí de la casa empujada por la anciana. Por el camino se me iba cayendo el dinero y lo intentaba recoger, pero la anciana me lo impedía.

Otra vez estaba en el mismo sitio del día anterior.

Pasé una hora haciendo autostop y no paró nadie. Entonces, la anciana salió con una sartén y un bastón para pegarme, así que corrí a toda velocidad. Corrí tanto que me di cuenta de que no quedaba tanto para Humor.

Vi un cartel que indicaba solo veinticinco kilómetros y pensé que en unos treinta minutos llegaría. Claro, que ya he dicho que las matemáticas nunca han sido mi fuerte.

Al fin, después de cinco horas andando, me apareció un cartel gigante que ponía: «Bienvenidos a Humor». Había mucha niebla, por lo que no veía absolutamente nada. Eso era raro porque desde que nací nunca había hecho ni un solo día de niebla en Humor.

Estaba tan sumamente cansada y tenía tanta sed que fui hasta el bar del pueblo, lejos del centro y cerca de dónde vivía Clara. Cuando llegué al bar había un señor que yo no conocía. Le dije que me diera agua. Pero me dio Coca Cola. Me la tomé sin rechistar porque me daba miedo. Me fui del bar a la casa de Clara. Cuando llegué, trepé un poco para llegar a la ventana de su habitación. La observé y vi por primera vez en mi vida a Clara triste y llorando. Golpeé con los nudillos la ventana y, cuando me vio, sonreímos a la vez. Empezamos a hablar y me sentí otra vez en casa.

De repente, sonó el timbre de la casa de Clara. Salió de la habitación para abrir la puerta de la casa. Era la voz de mis padres y, entonces, aparecieron en el cuarto de Clara. Parecían muy enfadados y les pregunté:

—¿Cómo me habéis encontrado?

Relataron que habían estado con la pareja del caniche, la cual les contó que les había robado dos euros; también habían estado con la abuela, que les había contado que me había hecho pasar por su nieta; y, por último, con el señor del bar, que les mintió diciendo que me encantaba la Coca Cola.

Cansada, les dije:

—¡Yo solo quería ver a Clara! En el instituto no hay nadie amable y me siento desgraciada. No paráis de trabajar y no estamos juntos como antes.

Mis padres, por primera vez desde que nos fuimos del pueblo, me escucharon.

—Está bien, haremos un trato. Tú no vuelves a meterte en líos, y nosotros prometemos venir a Humor todos los fines de semana. Tú podrás ver a Clara, volveremos a hacer barbacoas y descansaremos todos en el pueblo.

Ahora tengo dieciocho años. He terminado el instituto y voy a empezar la universidad. Esta vez, lejos de mi pueblo, en la ciudad donde llevo seis años viviendo y en la cual he hecho grandes amigos.

Esta vez no podré volver todos los fines de semana. Lo echaré de menos, pero siempre tendré en mis recuerdos la sonrisa de Clara. Hasta el día que pueda volver y compartamos todas nuestras nuevas aventuras.

El amor que surgió por un recuerdo olvidado



Ilustración: Henar Moros

El amor que surgió por un recuerdo olvidado

Paula Balmisa Roldán

Hospital Universitario Infantil Niño Jesús de Madrid

Hace no mucho tiempo, existió un ángel de los recuerdos llamado Mika. Mika no era un ángel de los recuerdos normal, ya que se dedicaba a guardar los recuerdos olvidados, mientras que el resto de ángeles se dedicaban a crear recuerdos. Lo que hacía Mika era guardar todos los recuerdos olvidados en, lo que a ella le gustaba llamar, el bulevar del olvido.

En un día que parecía normal, le llegó un recuerdo olvidado que le gustó mucho. En este, salía un chico del que Mika se enamoró profundamente. Tenía el pelo rizado y de color castaño, pero lo que más destacaba de él eran sus grandes ojos verdes. Todo lo contrario a Mika, que era rubia de pelo liso, aunque lo que más destacaba de ella eran sus ojos azules, tan profundos como el mar. Gracias a que cuando llegaban los recuerdos olvidados también venía en ellos el nombre, Mika pudo saber que el nombre del chico del cual se había enamorado era Iker.

Mika empezó a preguntarse qué podía hacer para conocerlo, pensó y pensó durante días, hasta que, de repente, se le ocurrió como.

Corriendo, fue a hablar con su superiora y esta le dijo que solo había un modo de bajar, pero era difícil volver a subir.

Para poder salir tenía que ir por un tubo especial por el cual subían los recuerdos olvidados de las personas, pero para poder volver tenía que ser parte de un recuerdo de alguien. A Mika no le importaba correr el riesgo, y estaba dispuesta, aunque fuera solo para poder ver a Iker.

Al día siguiente, y sin pensárselo dos veces, decidió bajar a nuestro mundo. Siguiendo las instrucciones, bajó por el tubo y, de repente, se encontró en caída libre. Cuando tocó tierra se dio cuenta de lo aterrada que estaba por la posibilidad de no poder volver a su mundo, pero el sentimiento de no poder vivir una historia de amor con Iker la aterraba aún más.

Después de una intensa búsqueda, encontró a Iker. Sin embargo, Mika no tuvo mucha suerte, ya que lo único que hizo él, fue ignorarla. Triste y con el corazón roto, se fue a llorar bajo un gran manzano, puesto que ya no podría vivir la historia de amor que se había imaginado ni tampoco volver a su mundo.

De repente, cuando Mika ya había dado todo por perdido, se le acercó un chico alto y rubio, con unos ojos verdes muy profundos, preocupándose por ella. Nada más mirarse a los ojos, ambos sintieron una chispa, un cosquilleo que jamás habían sentido antes.

Mika se secó rápidamente las lágrimas y se presentó. El misterioso, pero muy guapo chico, hizo lo mismo; se llamaba Jack. Estuvieron hablando durante horas, hasta que cayó la noche y él tuvo que irse a casa.

Cuando se quedó sola, un brillante portal se abrió en medio de la oscuridad, Mika se dio cuenta de que había creado un recuerdo

con Jack. En ese momento, tuvo que decidir si volver a su vida y a su bulevar de recuerdos olvidados o quedarse con Jack.

Mientras estaba tomando una de las decisiones más difíciles de su vida, una voz la llamó. Era Jack, había vuelto a por ella. Mika lo tuvo claro entonces, se quedaría con él. Nada más decirlo, el portal se cerró y se transformó en una piedra preciosa. Mika decidió guardársela por si algún día la necesitaba.

Juntos fueron muy felices, se casaron y lo celebraron con una gran fiesta; formaron una familia con dos hermosos hijos a los que llamaron Ares y Apolo en honor a los dioses griegos.

Y, ¿os acordáis del portal? Mika nunca más tuvo que utilizarlo, así que colgó la piedra preciosa en el salón como si fuera un triunfo. En definitiva, fueron felices para siempre.

Los recuerdos

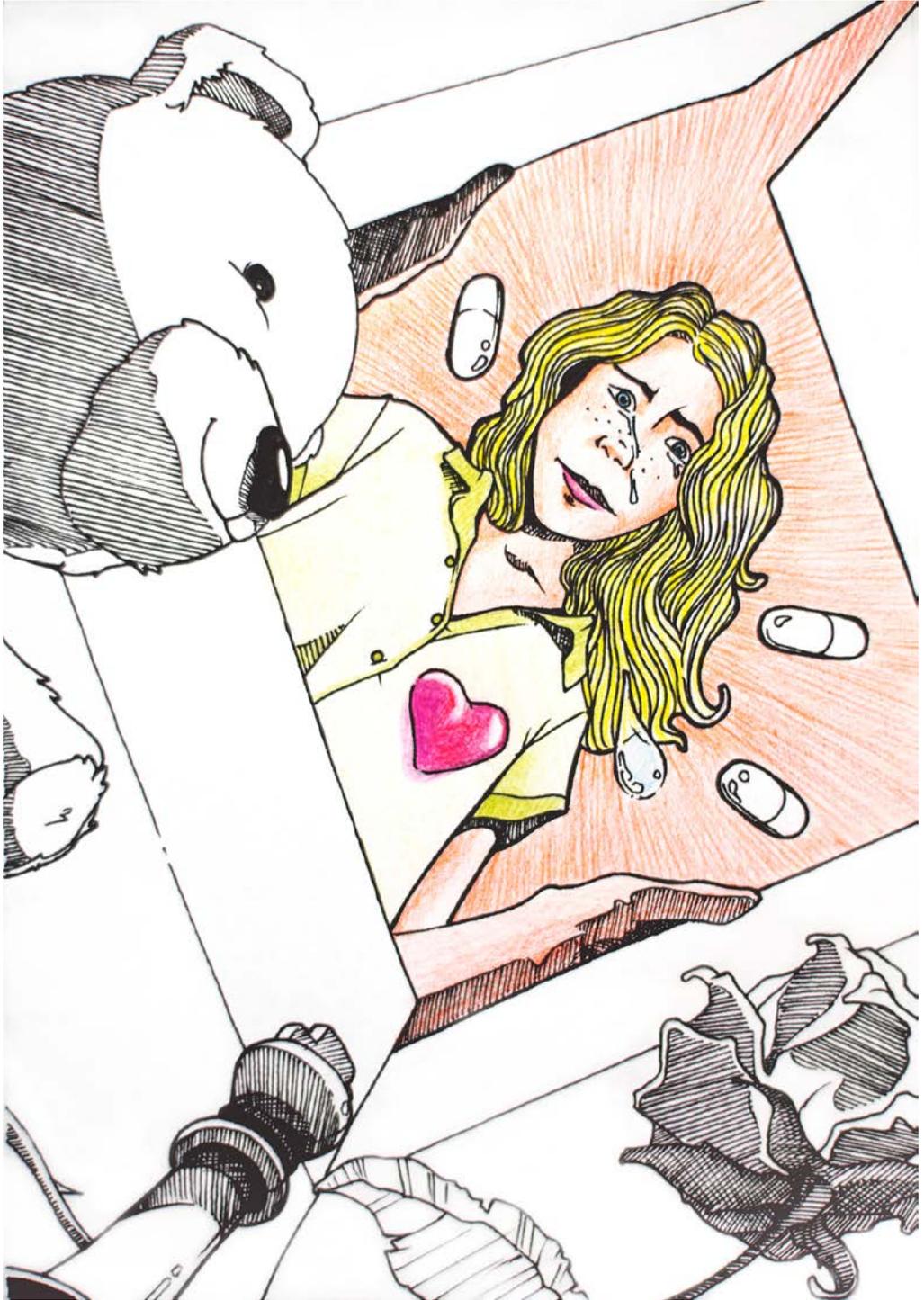


Ilustración: José Ventura

Los recuerdos

Carla Esteve Aguilar

Hospital Universitario Infantil Niño Jesús de Madrid

Un fuerte dolor en el pecho me despertó; miré la hora en el móvil y vi que eran las cinco de la madrugada. Con una extraña sensación traté de volver a dormir sin éxito. Estuve horas dando vueltas en mi cama y el dolor comenzó a ser cada vez más fuerte. Como no sabía a qué podía deberse, decidí ignorarlo e irme a trabajar.

Me sentí así durante varios días, en los cuales el dolor iba aumentando hasta que decidí ir al médico. Una vez allí, me atendió una mujer encantadora que me pasó a la consulta rapidísimo.

—¿Qué te ocurre? —me preguntó la doctora.

—Me duele mucho el pecho y llevo así unos cuantos días.

—¿Dónde te duele exactamente?

—En el corazón.

—No es muy normal que te duela el corazón con 19 años —dijo extrañada la doctora—, pero creo que ya sé lo que te pasa.

Me dio una hojita donde decía que llegaría un paquete a mi casa y que siguiera las indicaciones. Me fui de la consulta de vuelta al trabajo, aunque un poco desconcertada.

Varios días después, una caja de cartón llegó a mi casa, tal y como dijo la doctora. Intrigada, cogí la caja y la abrí. En el interior había un osito de peluche, una reina de ajedrez y una rosa marchitada. En el fondo de la caja encontré un frasquito de cristal con tres pastillas y una etiqueta que ponía: «Tres recuerdos, tres heridas por cerrar». Lo curioso es que los objetos que había en la caja me resultaban muy familiares.

Encontré también unas instrucciones que decían: «Coge un objeto y tómate una pastilla». Con curiosidad, cogí el osito y me tomé una pastilla. En un abrir y cerrar de ojos estaba en un parque repleto de niños a mi alrededor, aunque solo una niña en concreto me llamó la atención. Ella llevaba un vestido hasta las rodillas, unas medias blancas y un lacito rojo en la cabeza. También llevaba un peluche en la mano.

La niña estaba sola, así que me acerqué a hablar con ella, pero se fue alejando hasta llegar a un baño. La seguí y, al entrar, me la encontré en suelo. No estaba llorando, pero tampoco tenía muy buena cara.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

La niña levantó un poco la cara y me respondió:

—No tengo amigos. Tengo miedo de que los demás niños no me acepten.

—Tienes que correr el riesgo, no puedes estar sola siempre. Recuerda que eres fuerte y valiente.

La niña sonrió y se levantó. Cogió su peluche y salió al parque a jugar. Un poco más tarde, salí yo. Al verla saltando a la comba con sus nuevos amigos me dedicó una sonrisa y, justo en ese instante, me di cuenta de que esa niña era yo.

Después de esta aventura tan conmovedora, volví a encontrarme enfrente de aquella caja. Ahora solo quedaban dos objetos. Cogí la reina de ajedrez y me tomé la segunda pastilla.

Esta vez aparecí en una residencia. Ahí estaba mi yo de 14 años, que se metió en una habitación. Así que decidí seguirla. En esa habitación había una anciana en una camilla al lado de un tablero de ajedrez. De repente, la joven salió llorando de la habitación.

—¿Por qué te vas? —le pregunté.

—Mi abuela no se acuerda de mí; mi propia abuela, a la que llevo años cuidando, no se acuerda.

—Pero eso no es tu culpa —le respondí—, ni suya. Es del alzhéimer. No tienes que enfadarte con ella. Límpiame las lágrimas, vuelve a la habitación y despídete de ella porque puede ser la última vez que la veas.

La joven me hizo caso y, al entrar a la habitación, la anciana, aunque seguía sin reconocer a su nieta, le dio la reina blanca del ajedrez diciendo:

—Te quiero, pequeña, tú siempre serás mi reina.

La joven supo que, en el fondo de su corazón, su abuela recordaba. La anciana cerró los ojos y cogió la mano de la joven, que la llamó varias veces, pero su abuela no respondió; se había ido.

Mi yo de 14 años salió de la habitación y se me acercó.

—Gracias por convencerme de que me quedara con ella hasta el final; al menos ahora sé que se acordaba de mí.

Una vez más, me encontré frente a la caja, donde solo quedaba la rosa marchitada. Solté un suspiro y me tomé la última pastilla, sujetando la rosa con una mano.

Aparecí en un hospital. En una de las habitaciones se oía una fuerte discusión. Otra vez, volví a verme, ahora con 17 años. Mi yo del pasado estaba frustrada y enfadada; supe por qué era realmente. Salió de la habitación donde estaba postrada su mejor amiga, una chica rubia y muy pálida; tenía anorexia.

Mi yo del pasado estaba tratando de ayudarla, pero sentía que era inútil y que su amiga no escuchaba. Me decidí a hablar con ella:

—No te vayas, quédate con ella y ayúdala.

—Es que no me escucha, está empeñada en que esto es su guerra y no puedo más —me respondió la joven.

—Es tu mejor amiga, tienes que ponerte en su piel y ayudarla a recuperarse. La anorexia es una enfermedad muy dura. Ella necesita tu compañía.

Mi yo del pasado me miró y volvió a la habitación donde estaba su amiga, a la que salió una gran sonrisa al verla de nuevo.

—Siento no haberte ayudado, quiero que sepas que estoy aquí para que nunca más te sientas sola —le dijo la joven a su amiga.

La chica postrada en la cama le dio una rosa para demostrarle que la quería y que aceptaba su ayuda. Las dos se abrazaron y yo sonreí al ver que lucharían juntas contra esta enfermedad.

Abrí los ojos y me encontré de nuevo en mi casa. De repente sonó el timbre, abrí la puerta y ahí estaba mi mejor amiga, mi rubia, totalmente recuperada de su enfermedad.

En ese momento me di cuenta de que mi dolor en el pecho había desaparecido. La vida me había dado la oportunidad de cerrar mis heridas, de volver a mis recuerdos y de cambiar aquello que hice mal.

El colegio perfecto

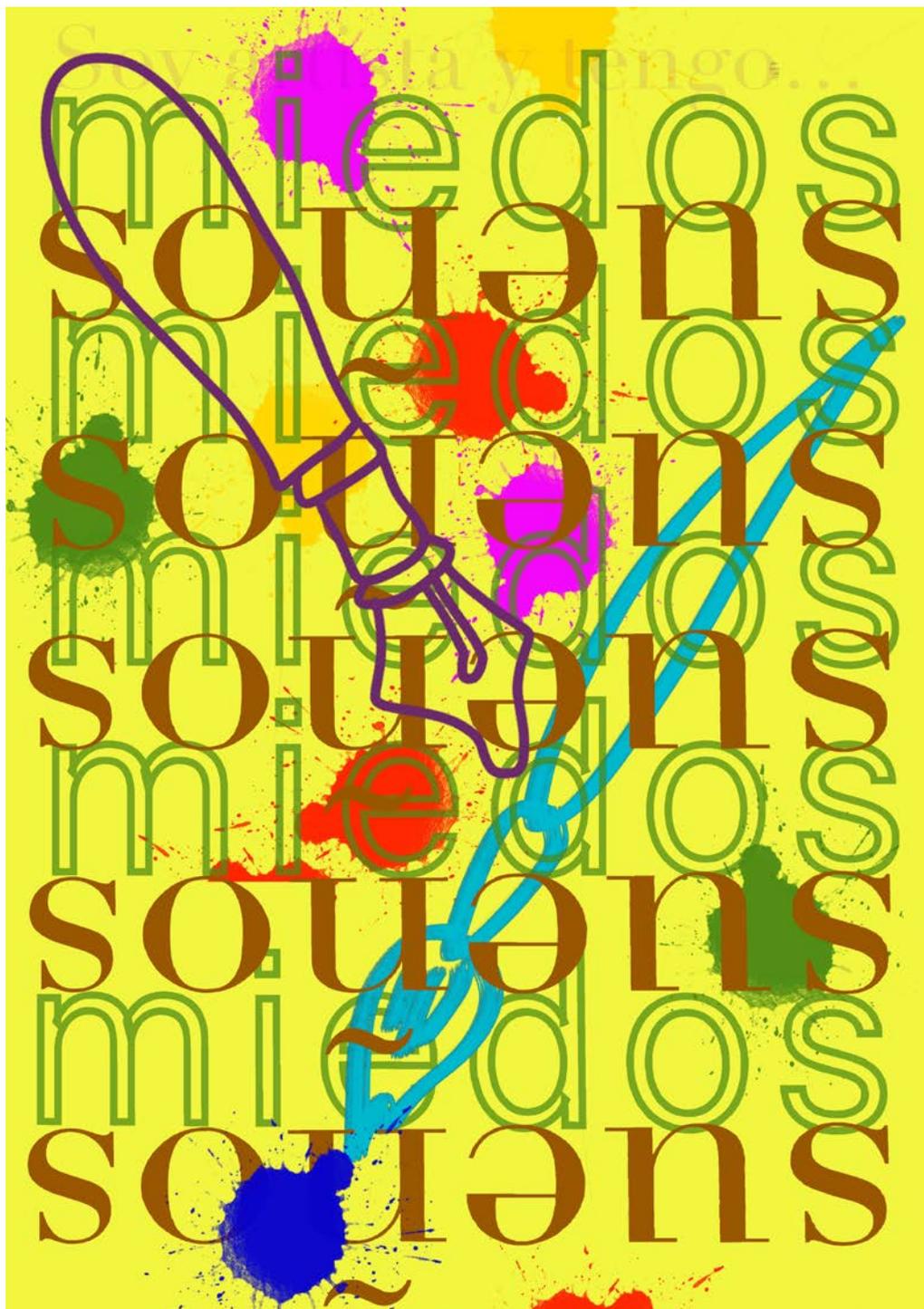


Ilustración: David López Ruiz

El colegio perfecto

Carmen María Sandoval Soto

Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca de Murcia

Era un lunes a las 9 de la mañana.

Ese día entrábamos a primero.

Al fin, lo que tanto deseaba se iba a hacer realidad.

Entramos todos bailando, pero muy discretos porque ya ‘éramos grandes’, pero bueno, nosotros éramos felices y, encima de todo, nuestra profe favorita era ¡nuestra tutora! ¿Qué más se podía pedir?

Según íbamos entrando, nos saludaron todos con un gran abrazo, tanto nuestra tutora como nuestro profesor de apoyo. Y a mí también me dio un fuerte abrazo la logopeda, ya que yo no sabía pronunciar la ‘r’.

Cuando terminamos las tres primeras clases, nos fuimos al recreo y me empecé a hacer amiga de los mayores, que se fueron yendo según pasaban los años.

Había una chica que siempre recordaré, ya que me animó al mundo artístico. Ella era muy buena dibujando y me dio un par de clases de dibujo para convertirme en una gran artista.

Salimos al patio y, aunque yo pensaba que era un gran colegio porque siempre me habían hablado bien de él, resultó ser todo lo contrario.

En cuanto empecé a pasar de curso, hasta pensé en salirme de ese colegio, ya que me hacían *bullying* y me acosaban continuamente, pero eso no me detendría para poder convertirme en una escritora o en una pintora o una diseñadora gráfica, así que fui pasando los cursos poco a poco, suspendiendo a veces algunos exámenes, pero al final logré pasar quinto a duras penas.

Cuando pasé a sexto, llegó la pandemia de Covid y no podíamos salir. Se cerraron todas las escuelas y, como en la mía no hacían clases *online*, apareció la pereza, y con la pereza, el pasotismo, y cuando nos dieron las notas yo, con miedo en la cara, abrí el archivo adjunto y, ¡ufff! Había aprobado todo.

En ese momento se me alegró la cara, obviamente. Había pasado a primero de la ESO y me dije: «Pero ¿cuándo he crecido si hace nada de tiempo estaba alegrándome porque iba a pasar a primero de Primaria?».

Y, aunque mis expectativas de un colegio perfecto no eran como me las imaginaba, al final lo logré.

CATEGORÍA C

(De 14 a 17 años)

Viernes



Ilustración: Juan Francisco Martínez

GANADORA CATEGORÍA C

Viernes

Lucía González Moreno

Hospital General Universitario de Albacete

Me desperté como un viernes cualquiera de febrero. Desayuné, me vestí y salí de casa para subirme al coche.

El cielo estaba nublado, había llovido por la noche. Se respiraba aire con olor a lluvia, húmedo. Era el mismo ambiente que había aquellos inviernos en los que jugaba con mi hermana en la casa del pueblo cuando yo tenía siete años.

Cantábamos, reíamos, bailábamos... Acariciábamos a los perros, su pelo suave y mojado, sus pezuñas brillantes y su cola moviéndose rápidamente. Compartiendo así su alegría con nosotras.

Al subirme al coche noté el ‘olor a viaje’; así lo llamo yo. Esa sensación de vacaciones que asocio con el material del coche, como cuando solíamos ir a la playa antes de la pandemia, para bañarnos en el mar y respirar la brisa húmeda durante el calor del verano. Pasear por la orilla notando la arena en los pies, buscar conchas escondidas y hacer castillos de arena. Qué bien nos lo pasábamos.

Observé a través del cristal el mismo árbol de siempre, solo en la llanura, pero grande y fuerte como el que vi este verano en la

montaña. Los dos fuimos modelos de la cámara, formando una escena de película.

Pasados quince minutos, llegué a mi destino. Me bajé del coche y crucé la puerta. Respiré. Ese olor que cada viernes inunda mi nariz, el olor a hospital que me hace volver al presente para centrarme en luchar para ganar, para vivir, para recordar.

Sentir es vivir, y vivir cada momento es asegurar que vas a recordar. Y eso es lo que importa, porque nadie me ha dicho que no vaya a ganar, y cuando lo consiga, seguiré teniendo momentos como aquellos, para recordar.

Un infierno del que salí



Ilustración: Kike Sánchez

Un infierno del que salí

Lorena Pintado Pérez

Hospital General Universitario Reina Sofía de Murcia

Os voy a contar mi historia; espero que os haga entender que callar no es siempre la mejor opción.

Siempre había sido una niña muy feliz, hasta aquel día de instituto en el que cambió todo, aquel día en el que mi vida pasó a ser un infierno por un simple acto que nadie se atrevía a realizar: proteger a una niña.

Todo empezó un martes. Estaba con mis amigas riendo en el recreo, como siempre, hasta que vi a un chico metiéndose con una niña. No pude quedarme sin hacer nada y salí a defenderla: ese acto fue la puerta de entrada al infierno.

Vi la cara de asombro del chico, la cara de alguien que no espera que se enfrenten a él. El chico miró hacia los lados, su mirada recorrió a todos los compañeros que asistían a aquel espectáculo. Él no podía decepcionar a su público, tenía que demostrar que tenía el control, que era el más fuerte. Así que me empujó y caí al suelo, me inmovilizó, me cogió del brazo y empezó a tirar hacia atrás. Por más que le dijera que parase, por más que mis lágrimas caían por mis mejillas, no paró. No paró hasta que se oyó un crac seguido de un grito, un grito tan fuerte que hizo que me

doliera la garganta por el esfuerzo, un grito tan fuerte que oyeron los profesores desde el otro lado del patio. Entonces, el chico se apartó lo más rápido que pudo.

—¿Qué ha pasado? —preguntaron los profesores.

Iba a decir la verdad, pero lo miré y un miedo enorme recorrió todo mi cuerpo, impidiéndome hablar.

—Se ha caído —respondió aquel chico que tanto miedo me daba.

El profesor me miró y asentí.

Por desgracia, no acabó ahí, y cada vez iba a más porque nadie le decía nada; sus actos no tenían consecuencias sobre él. Algunos compañeros se reían, y eso (y mi miedo) era su combustible para seguir.

Al principio, solo eran empujones por los pasillos o zancadillas antes de entrar a clase. Pero, después empezaron a lanzarme bolas de papel en clase que más tarde pasaron a ser piedras o sacapuntas (de esos de metal), y eso sí que dolía.

Mis compañeros miraban, pero nadie me defendía. Supongo que por miedo a que se lo hicieran a ellos, pero, no hacer nada es pasarse al otro bando, porque eso también me hacía daño, me hacía sentir que estaba sola y que no le importaba a nadie.

El chico dejó de conformarse con el instituto y empezó a seguirme fuera de allí, por lo que opté por volver corriendo a mi casa y no salir en todo el día.

Me alejé de mis compañeros (nadie se acercaba a mí) y de mi familia, pues siempre estaba en mi cuarto. Mi sonrisa fue desapareciendo, no era la chica de antes. Vivía con miedo e impotencia.

No entendía como había tenido el valor para defender a aquella niña, pero no para defenderme a mí, ni para contarlo. Siempre me inventaba alguna excusa, no sé si por miedo o vergüenza.

Los días pasaban y cada vez era peor, cada vez me hundía más. Siempre, al volver del instituto iba directa a mi habitación, me tiraba sobre la cama y comenzaba a llorar. Después, me levantaba y me miraba al espejo, mi cuerpo estaba lleno de heridas y moratones que ocultaba y que cada vez iban siendo más.

Aquella vez fue diferente, mientras las lágrimas bajaban por mis mejillas, mi cuerpo se dirigió a la ventana. Iba a saltar, pero algo me detuvo: mis recuerdos, los recuerdos de antes de aquel día, los recuerdos en los que reía sin parar, aquellos recuerdos en los que era feliz.

Las mañanas, corriendo en el campo junto a mis perros, construyendo cabañas, buscando bichos raros... Las tardes, jugando con mi hermana, haciendo la tonta solo para hacerla reír o, junto a mis amigas, haciendo miles de locuras. Las noches, acurrucada junto a mis abuelos mientras me contaban un cuento o junto a mis padres viendo una película, todos bajo una manta en el sofá.

Me entraron unas ganas enormes de volver a aquella época en la que era feliz, y vinieron más recuerdos felices, uno detrás de otro: las partidas al parchís junto a mi abuela en las que curiosamente siempre ganaba, los caramelos que mi abuelo siempre me daba a escondidas, las sonrisas de mi hermana al ver que le enseñaba algo nuevo...

Empecé a llorar con todas mis fuerzas, quería recuperar mi vida y que todo volviera a ser como antes. Y lloré y lloré cada vez más y más fuerte, hasta que entró mi madre. Vi el miedo en sus

ojos al ver a su hija en el borde de la ventana, vi la culpa de no haberse dado cuenta antes.

Mi madre se acercó y me abrazó. En ese momento, sentí que el miedo se desvanecía por primera vez en meses. En ese momento me sentí arropada, protegida en los brazos de aquella persona que era la que más me quería y que siempre había estado ahí. Eso me dio fuerzas para contarlo todo, solo necesitaba sentir que alguien estaba conmigo, que no estaba sola y que había una salida de ese infierno.

Al día siguiente, como solía hacer en clase, el chico me lanzó una piedra, pero esa vez fue diferente porque tuve el valor necesario para levantar la mano y decir lo que me llevaba callando meses. Mis compañeros me apoyaron y eso me dio más fuerza.

Mi madre, por su parte, informó al instituto de lo que estaba ocurriendo. Aquel compañero y yo acabamos yendo a un psicólogo, porque al contrario de lo que la mayoría de la gente piensa, un psicólogo no trata a personas que están locas, sino que ayuda a personas que tienen problemas. Aquel chico también tenía problemas que no sabía solucionar y, para sentirse bien, para ocultar su dolor, tenía que demostrar su fuerza.

Me di cuenta de que no siempre detrás de una maldad hay una mala persona, y el chico comprendió que hay otras salidas para sentirse valorado. También aprendí que no hay que avergonzarse de nuestros problemas, que hay que alzar la voz y dejarnos ayudar, pues eso no es de cobardes.

Lo que uno conoce, permanece

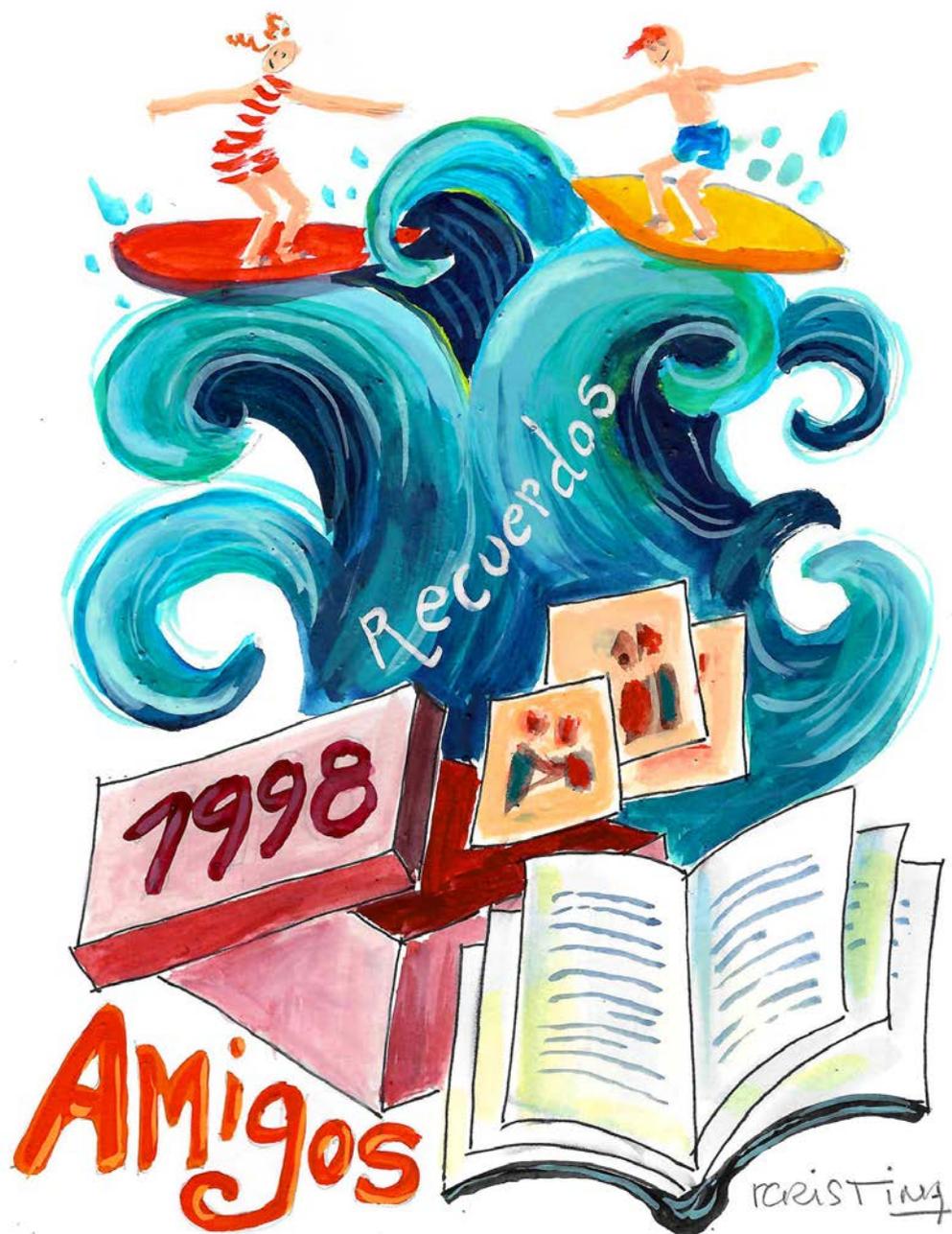


Ilustración: Francesca Cristina Ureña

Lo que uno conoce, permanece

Alejandra Martín de la Iglesia

Hospital Universitario Infantil Niño Jesús de Madrid

«Las mejores historias jamás contadas son recuerdos de veladas», decía mi madre siempre.

Yo, cuando era pequeña, no lo entendía. Es más, se lo rebatía. Pero, después del verano de 1998, todo, absolutamente todo, cobró sentido. Tengo quince años y, este verano, no me apetece ir de vacaciones al lugar donde veraneamos siempre, A Coruña. No es que el lugar no me guste, al contrario, me gusta todo: los paisajes, el mar abierto que parece infinito, las calles, la parte vieja de la ciudad, la playa que tenemos al lado del sol y, por las noches, dormir con edredón. Me encantaba todo eso y mucho más. Pero, el único problema es que no tenía ni un solo amigo.

De camino a nuestro destino, el único sonido del coche eran mis quejas y mi madre, harta, diciéndome que seguro que ese año hacía amigos, pero yo no iba con las expectativas tan altas como ella. Una vez, llegamos al chalet que teníamos allí. Lo primero que hice, después de sacar las maletas del coche y llevarlas a mi cuarto, fue coger mi tabla de surf, el neopreno y bajar a Bastiagueiro, a pesar de ser casi de noche.

Cuando pisé la arena, y miré hacia el agua, el mar estaba completamente plano, solo pasaban series de tres olas cada mucho rato. Aun así, decidida, me metí en el agua. Mientras esperaba coger alguna ola, miré a mi alrededor y, muy cerca de mí, vi a un chico con el pelo rubio, corto y muy rizado que parecía tener mi edad o un poco más. No le di importancia, hasta que un despiste mío hizo que nuestras tablas chocaran. Él se giró, con un semblante muy serio. Pude ver sus ojos color caramelo y su piel pálida. Pensé que me diría cualquier barbaridad, pero lo único que dijo fue:

—Me llamo Xavi, ¿y tú?

Yo me quedé atónita, absorta en la película que me había creado en la cabeza de lo que podía haber pasado. Salí de mi trance y respondí:

—Yo, Alejandra, encantada —dije con un tono que denotaba cierta inseguridad en mis palabras.

Después de ese momento, tuve la sensación de que seríamos buenos amigos.

Salimos juntos del agua y, hablando, resultó que los dos vivíamos muy cerca, así que Xavi se ofreció a acompañarme hasta mi casa. Una vez llegamos a la puerta, él me hizo una propuesta que sabía que cambiaría el verano del que tan poca fe tenía:

—Mañana por la mañana, bajaremos a la playa unos amigos y yo, ¿te apuntas?

Xavi me miró con cara de alegría y entusiasmo para que yo dijera que sí. Acto seguido, asentí con la cabeza, haciéndole saber que me apuntaba al plan.

Acabábamos de llegar a Bastiagueiro, cuando me fijé que en el cruce de entrada de la playa había un chico y una chica que

parecían tener nuestra edad. Nos acercamos a ellos y Xavi dio respuesta a mi sospecha cuando dijo:

—Estos son Pol y Margarita —con esa simpatía tan típica de él que invitaba a hacerse amigo suyo.

Nos presentamos y, por lo que hablamos de camino a buscar un hueco donde dejar nuestras cosas, me parecieron dos personas muy simpáticas y, la verdad, es que los dos eran bastante guapos. Margarita era una chica alta y esbelta, de pelo casi platino con ondulaciones notorias. Sus ojos eran de un color marrón carbón, en los que apenas se podía apreciar la pupila. Unas pequeñas pequitas por la zona de la nariz y unos labios finos de color rosado. Pol era un chico alto para tener un año más que yo. Tenía la tez oscurecida por el sol que hacía que sus ojos verdes cálidos que expresaban simpatía reflectasen mucho más a conjunto de unos labios carnosos que creaban, junto a sus rasgos perfectamente definidos, un balance perfecto en su rostro.

Todos nos dirigimos hacia el mar con nuestras tablas de surf, dispuestos a coger cuantas más olas mejor, y todos reímos, nos caímos y nos divertimos a más no poder. Hasta Pol y Xavi empezaron a hacer trucos para impresionarnos. Se les daba bastante bien, aunque, por supuesto, algunos de los que intentaron realizar, fueron fallidos.

La marea empezó a bajar y Margarita nos propuso ir a una cueva a la que, por lo visto, sólo se podía acceder con la marea baja, porque se entraba en ella a pie. Los brazos se me empezaron a cansar, cuando, de repente, Margarita gritó:

—¡Es aquí, chicos!

Xavi y yo íbamos los más atrasados y, al escucharla, cogimos carrerilla para llegar lo antes posible. Una vez todos estábamos allí,

dejamos apoyadas nuestras tablas en las rocas más cercanas a la entrada, y tuvimos que andar un poco sobre unas rocas hasta entrar en la cueva. Era bastante alta y un poco estrecha. Miré hacia arriba y me di cuenta del enorme agujero por donde entraban rayos de sol, que provocaban que los pequeños destellos metálicos que se encontraban en la pared de tonos rojizos centelleasen, y que las plantas que se encontraban en la superficie bajarán buscando más humedad y oscuridad iniciales con un infinito bajo estas, haciéndoles saber a las demás personas que entrasen que nosotros habíamos estado allí. Justo al terminar de tallarlas, escuchamos como las olas empezaban a entrar y la marea a subir. Al salir, cogimos las tablas y nos dirigimos unos metros más allá de la cueva donde Pol se fijó en que había unas escaleras rojas. Pudimos subir a ellas gracias a la tregua de tiempo que la marea nos había dado a pesar de estar los primeros escalones bañados por el mar. Mientras las subíamos, nos dimos cuenta de que no llegaban a ninguna parte, así que Pol, para sorpresa de los demás, en vez de bajar las escaleras, se tiró de ellas a modo de trampolín, y los demás fuimos detrás. Subiéndonos y tirándonos, fueron pasando las horas y el sol empezaba a esconderse tras la línea infinita del horizonte que creaban el mar y el cielo, por lo que nosotros remamos de vuelta a la playa.

Cuando llegamos a la orilla, todos pelados de frío, corrimos a secarnos con nuestras toallas y, mientras Xavi y Margarita fueron a comprar algo para cenar, Pol y yo encendimos una pequeña fogata porque, con el sol ausente y la brisa del mar, el norte se hacía notar. Pol, que estaba sentado a mi lado, notó que tenía la piel de gallina y, acto seguido, se quitó su sudadera y me la ofreció.

—No tengo frío, estoy bien, pero gracias —dije, con un tono de amabilidad y educación, a pesar de no sentir ya las manos.

—No seas cabezota y póntela. Yo tengo otra en mi mochila —dijo Pol, con una sonrisa pícaro dibujada en su rostro.

Mientras me ponía su sudadera, notaba como mis mejillas comenzaban a ruborizarse y, en un intento inútil por hacer que no se me notara, Pol rodeó mis hombros con sus brazos y, acto seguido, me besó.

Todos estos recuerdos, aventuras y más, se encontraban en el diario de tapa negra donde se podía apreciar escrito '1998'. Mi madre se había empeñado en que buscarse el diario en el ático del antiguo chalet que teníamos en La Coruña. Junto a este, se encontraba una caja con la misma fecha escrita en ella, y yo, que soy muy cotilla, la abrí. Estaba repleta de fotos de aquel maravilloso verano que vivió mi madre, donde pude apreciar perfectamente a Pol, Xavi —que, a pesar de haber cambiado con el paso de los años, seguía manteniendo su expresión de simpatía—, Margarita —que seguía exactamente igual a como la describió mi madre en su momento— y, por último, mi madre, Alejandra, con una sonrisa que hacía imposible que pasase desapercibida.

Gracias a todos estos recuerdos escritos por mi madre en su momento y los que me quedan por leer, sé por qué tengo el placer de llamar a Pol papá, a Xavi, padrino y a Margarita, tía Margot. Porque, a pesar de no ser familia de sangre, para mí sí que lo son. Y, como dicen, los amigos son la familia que uno escoge. Y mi madre eligió a los mejores. Ya sé por qué insistía tanto en que encontrara este diario. Al fin y al cabo, sí que nos parecemos más de lo que pensaba.

Mis recuerdos en Transilvania



Ilustración: Miguel Alemán

Mis recuerdos en Transilvania

Vanessa Marfici

Hospital General Universitario de Albacete

Me llamo Vanesa y tengo catorce años. Soy divertida, apasionada, soñadora, fuerte en muchos aspectos, positiva, muy perfeccionista, amable, con buen corazón y solidaria, pero a la vez soy muy compulsiva, impaciente, dramática, demasiado organizada y cabezota.

Nací en Cuenca, soy manchega y, a la vez, como mis padres nacieron en el norte de Rumanía, en un pueblo llamado Lunca La Tisa, muy cerca de Ucrania, soy también rumana. Mis padres hablan entre ellos en ucraniano. Conmigo hablan en rumano, por lo que yo entiendo ucraniano y hablo rumano y español.

Hay una ciudad llamada Siguetu Marmatiei, de grande como Cuenca, que tiene una de las mejores heladerías que he visto en mi vida. Allí hay tartas y bizcochos exquisitos, también hacen helados caseros y buenísimos de sandía, melón, frambuesa, melocotón y otros sabores. Las bebidas son como las de España, pero tienen otras que solo las venden allí.

A mí me encanta ir allí. Vamos todos los veranos. Cuando mis padres van a la ciudad en coche, yo me apunto para pasar por esta cafetería, se llama Cafetería Lleana.

Mi pueblo rumano es muy bonito, lleno de árboles, arbustos, montañas y caminos. El color predominante es el verde y, después, el marrón y el azul.

Lunca La Tisa se ha modernizado mucho. Han emigrado todos (a Francia, Alemania, Italia, Reino Unido, España...). Hay dinero por la emigración y la gente invierte sobre todo en casas en el pueblo.

Cuando tenía ocho o diez años, jugaba en la calle con otros chicos de mi edad, pero ahora esos amigos, al crecer, hacen cosas de adolescentes y no dejan nunca el móvil.

Ahora tengo una amiga de dieciocho años, llamada Gabriela, con la que me llevo muy bien y salgo con ella. Voy a dormir a su casa, se preocupa por mí, comemos juntas, lloramos y reímos juntas. Ella es la mitad de mi vida, la echo mucho de menos y no sé si la volveré a ver porque, a lo mejor, se va a trabajar fuera el próximo verano.

Gabriela se está planteando venir uno o dos meses a España, así yo le enseñaría como son las costumbres y la cultura de aquí para que se integre.

Me gusta mucho ir a Rumanía en verano, recambia el chip. Después de tantos deberes y estudios, escapar allí es lo mejor del mundo.

Os recomiendo a todos ir a Rumanía. Las comidas son deliciosas, mi favorita se llama mamaliga, un branza que se hace con harina de maíz, queso, nata y tocino.

También podéis visitar el castillo de Drácula, el delta del Danubio y otras maravillas.

Rumanía es un país precioso, lleno de vida, de color, de aire puro, de turismo, de diversión, de escapadas, de felicidad, en definitiva.

Rumanía es vida.

Un día sentí que había perdido mi cuerpo

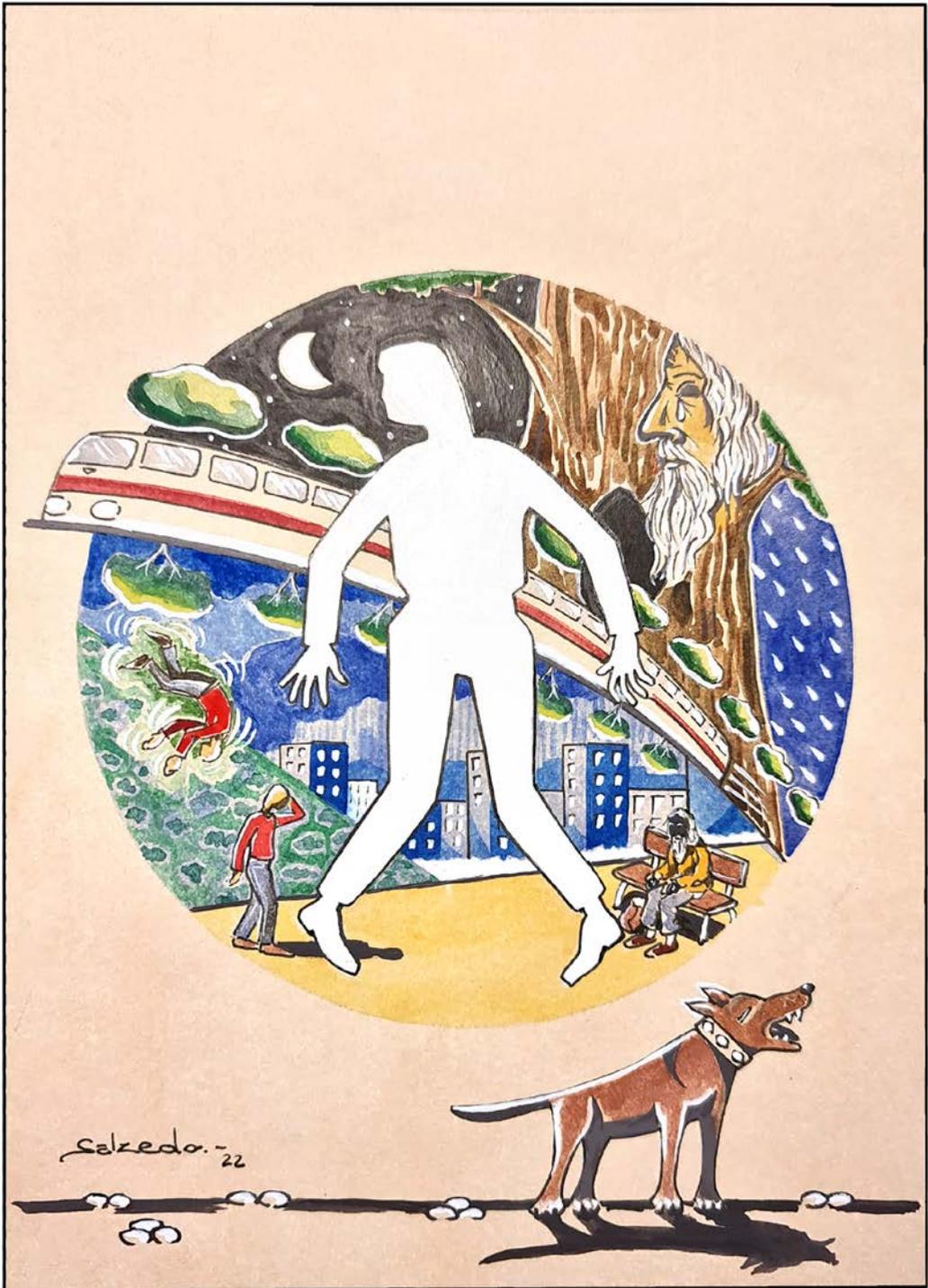


Ilustración: Francisco Salcedo

Un día sentí que había perdido mi cuerpo

Adrián Xosé González Rodríguez

Hospital de Día Infanto-Juvenil La Ería de Oviedo - Asturias

Me desperté en mitad de la noche y me sentí extraño, como si me faltara algo, y no sabía el qué. Me levanté y fui a mojar me la cara para despejarme, me la lavé y al secarme me miré al espejo... no veía nada, no había nada, ¡no tenía reflejo!

Del susto me desmayé... Cuando recobré la consciencia, me senté en el suelo y empecé a pensar, ¿dónde está mi cuerpo?

Empecé a pensar qué es lo que había estado haciendo, para ir a buscar mi cuerpo. Recordé lo que siempre hacíamos, íbamos a trabajar, y en el descanso siempre íbamos al mismo local, un bar a la vuelta de la esquina, a tomar el café y desayunar los donuts que el dueño prepara. Después volvíamos al trabajo hasta el mediodía y volvíamos a casa por el parque, comíamos y descansábamos para luego salir a dar un paseo.

Al recordar lo que hacíamos salí en busca de mi cuerpo, busqué por cada lugar, pero no encontré nada. Decaído, volví a casa. Prendí la luz de la entrada y miré a la izquierda, a un espejo que siempre mirábamos antes de salir de casa, pero seguía siendo

igual, no me veía en él. No tenía reflejo, no tenía cuerpo, mi cuerpo.

Cabizbajo, me fui a la cama a ver si por suerte esto era una pesadilla y cuando me levantara todo estaría bien. Me tumbé en la cama y me quedé mirando unos minutos el techo hasta que me dormí...

¡Piii, piii! Me desperté sorprendido por el sonido de la alarma, no recordaba que la había puesto. Encendí la lámpara de la mesilla de noche y estiré el brazo, para apagar la alarma. Me senté en el lateral de la cama mirando cómo empezaban a salir los primeros rayos de sol...

¡Piii, piii! Salté de la cama del susto que me dio la alarma, ¿por qué vuelve a sonar si la acabo de apagar? Agarré el reloj y lo apagué. Me quedé unos segundos mirándolo, por si volvía a sonar, pero parecía que no iba a sonar más, así que sin más lo dejé otra vez en la mesilla, pero algo captó mi atención: en la mesilla había una nota, que agarré y empecé a leer.

Ponía que tenía que ir a la ciudad vecina para una reunión de trabajo. Ahora que había leído la nota recordé que habíamos puesto esta nota con la alarma para recordarnos que teníamos que coger el tren. Me alegré, ya sabía dónde tenía que buscar para encontrar mi cuerpo.

Corrí a la estación de trenes y por suerte un tren iba a donde yo tenía que ir, pero... ¡Estaba a punto de salir! Corrí lo más rápido posible hacia el tren y entré justo cuando se estaban cerrando las puertas. Suspiré y cogí aire. Lo había conseguido, estaba un paso más cerca de encontrar mi cuerpo. Caminé por el vagón y me senté al final, un lugar solitario y alejado de los demás

pasajeros que iban en el tren. Aunque no me pueden ver, es mejor estar alejado de ellos, por si acaso. Miré por la ventana para distraerme, ya que sería un viaje largo, de algunas horas. Después de un tiempo, me quedé dormido. Al despertarme, miré cómo los pasajeros seguían donde recordaba, algunos leyendo o hablando entre ellos, haciendo sus cosas, como, por ejemplo, una anciana, que estaba tejiendo lo que parecía un jersey; sonreí por eso, me recordó cómo mi abuela me había tejido una bufanda.

Después de recordar, fijé mi mirada a la ventana. Todo era normal, árboles y árboles y más árboles, hasta que me di cuenta: ¡mi parada se había quedado atrás! Aunque es una zona de montaña, en mi destino habían talado muchos árboles para construir carreteras. Al percatarme de mi situación, empecé a estresarme, no sabía qué hacer. Así que, con la cabeza dándome vueltas, abrí la ventana... Una corriente de aire frío me hizo cerrar los ojos por un instante, escuchaba las quejas de los demás pasajeros por el aire frío; no en vano estábamos en invierno. Me armé de valentía y salté. Miré cómo iba a caer en un sitio llano, parecía que la suerte estaba de mi lado, pero de repente el sitio llano pasó a ser una colina y, al tocar suelo, empecé a rodar colina abajo... ¡Zas! Todo se volvió oscuridad.

Empecé a abrir los ojos desorientado, me había golpeado contra un árbol. Me quité como pude todas las hojas que me cayeron encima al chocar y miré a mi alrededor. No se veía bien, estaba todo muy oscuro, se había hecho de noche mientras estaba inconsciente. Tomé rumbo por donde creía que había rodado desde el tren para así llegar a las vías y seguir las hasta la ciudad.

Seguí caminando, apoyándome en los árboles, porque no se veía ni gota. Sentí cómo algo me mojaba la cabeza, y otra

y otra. ¡Mierda! Empezó a llover y corrí para buscar un lugar donde refugiarme de la lluvia. Corrí en línea recta, intentando no chocarme con nada, pero la suerte nunca está conmigo y entonces, ¡zas!, caí al suelo. Sobándome la cabeza, descubrí que me había vuelto a chocar con otro árbol y maldije mi suerte.

Mire el árbol, ¡es enorme!, y parece viejo. Empecé a rodearlo con una mano apoyada en él, ¡pum!, ¡joder!, ahora, qué. Miré a ver qué había pasado para que me cayera, y era que había un agujero en el árbol. Suspiré y me quedé ahí hasta que parara la lluvia. Tiempo después paró la lluvia y empezaban a salir los primeros rayos de sol. Quién me iba a decir que pasaría una noche entera en un bosque. Salí del árbol y retomé mi camino, y al fin llegué a las vías del tren, rumbo hacia mi cuerpo.

Tiempo después podía divisar las carreteras en construcción y, un poco más lejos, la ciudad, así que con alegría empecé a correr para llegar cuanto antes. «Por fin llegué», me dije. Tomé rumbo hacia donde debía ir a la reunión, al llegar me acerqué a la puerta e intenté abrirla, pero estaba cerrada. Miré a ver si había otra forma de entrar y vi que había un cartel donde ponía que los domingos cerraban. «No puede ser», pensé.

Corrí al hotel más cercano y entré, sonó una campanita al abrir la puerta y miré al recepcionista, que miró a donde estaba y después volvió a lo que estaba haciendo. Suspiré, si me pudiera ver, esto sería más fácil, solo tendría que preguntar y ya estaría. Me acerqué y empecé a mirar el libro de clientes, mientras él estaba distraído. Pasé hoja tras hoja hasta que encontré mi nombre.

Vi que ya se había terminado la reserva y se había marchado:

—«¡Ahora qué voy a hacer!» —grité.

Salí corriendo con el sonido de la campanita detrás, calle tras calle a ver si con suerte lo encontraba, pero... La suerte nunca está de mi lado. Cansado, volví a la estación de trenes a esperar un tren que me llevase de vuelta a casa. Subí al tren y me volví a sentar atrás del todo otra vez. Me quedé mirando por la ventana durante todo el viaje, había empezado a nevar. Al llegar, me bajé y a paso lento me fui a casa, pasando por el mismo camino que siempre cojo. Pasé delante del trabajo, del bar, donde estaban recogiendo para cerrar: «Normal», pensé, ya eran casi las once de la noche. Seguí caminando, viendo como la nieve pintaba de blanco las calles.

De repente, un perro, por lo que parecía, callejero, se cruzó en mi camino y empezó a ladrarme. Me quedé congelado, ¡me podía ver! Con calma di unos pasos atrás desconcertado, no sabía cómo me podía ver, será verdad que los animales tienen un sexto sentido para ver o sentir cosas que los humanos no pueden. Otro ladrido hizo que pegara un brinco. Vi cómo el perro empezó a acercarse agresivamente, así que, sin mirar atrás, salí corriendo. Lo primero que me vino a la mente era ir al bar a esconderme del perro.

Por suerte, seguía abierto, todavía no habían cerrado, así que me metí dentro. Miré cómo el perro estaba acercándose, así que me metí en el baño. Escuché al perro ladrar y al dueño del bar intentando espantarlo. Tiempo después ya no escuchaba nada, así que salí del baño y eché un vistazo:

—Todo despejado —susurré.

Me acerqué a la puerta para irme. «¡No se abre!», pensé. No podía ser, estoy encerrado. Sin nada más que hacer, me acosté en uno de los sofás que había y me dormí. Me desperté por unos

ruidos. Era el dueño ordenando las cosas para abrir, así que me levanté y, sin más, me fui. Volví a retomar el camino a casa atento a no encontrarme con el perro otra vez. Las calles ya estaban todas nevadas, los prados, blancos como las hojas de los árboles.

De repente, escuche un gruñido. Con un poco de temor, me giré y ahí estaba el perro, mirándome. Salí corriendo lo más rápido posible: «Estoy cerca de casa, estaré a salvo allí», pensé. Seguí corriendo con los ladridos del perro detrás de mí: «Un poco más», pensé.

De repente, me resbalé por la nieve y me deslicé por una cuesta del parque. Al frenar, miré para arriba y vi al perro que me estaba ladrando y, después, se fue moviendo la cola: «¿Por qué está moviendo la cola?», me pregunté. Suspiré y me di la vuelta caminando por el parque. Un poco lejos, vi a un hombre sentado en un banco con gran melena y barba, parecía como ido. Me acerqué, no por curiosidad, sino porque tenía la necesidad de ir. No sabía por qué, pero me acerqué. Cada paso sentía como si lo que estaba a mi alrededor desapareciera y solo estuviéramos él y yo. El hombre levantó la mirada y me miró con sus ojos idos, como vacíos. Seguí caminando hacia él. Él se levantó y, como si nos atrajéramos, también empezó a caminar hacia mí. Cada paso venían recuerdos a mi mente, una vida que recuerdo, pero a la vez no, como si me faltara un trozo para completar los recuerdos. No parecía que fuera solo a mí, él también tenía esa expresión en su cara. Esos ojos que parecían vacíos empezaron a soltar lágrimas y, ahí lo supe: «Te encontré».

Mi nombre es Jan y hoy os voy a contar cómo había perdido mi alma. Yo era un hombre muy ajetreado, trabajaba mucho y muy rápido, y una noche me levanté y no sabía dónde estaba ni quién

era. Busqué ayuda y fui a un profesional. Ahí me dijo que a veces vamos tan rápido que dejamos nuestra alma atrás. Yo pensé que me estaba tomando el pelo, pero era verdad. Desde ese día, fui más lento y con paciencia, esperando a que me encontrara mi alma. Y ese día llegó; estaba sentado en un banco mirando a la nada, hasta que tuve la necesidad de mirar a mi derecha: ahí, a lo lejos, vi una sombra que se estaba acercando, me levanté inconscientemente y también me fui acercando. Con cada paso que daba, me venían recuerdos a la mente, recuerdos de una vida que recuerdo, pero a la vez no, como si me faltara un trozo de ellos. Empecé a llorar y dije: «Te encontré».

Empecé a escuchar aplausos y dejé escapar un suspiro y sonreí, parece que les había gustado nuestra historia, mi historia.

Me levanté de la silla en la que estaba y me incliné haciendo una reverencia hacia al público, dándoles las gracias. Me di media vuelta y salí del escenario, escuchando los aplausos.

Reflexiones con sabor a café



Reflexiones con sabor a café

Fer2022

Ilustración: Fernando Álvarez

Reflexiones con sabor a café

Luna Marín Castillo

Hospital Nuestra Señora del Perpetuo Socorro de Albacete

Me encuentro aquí sentada con un café en la mano, el ruido de la ciudad de fondo, a mi mente llegan miles de maravillosos y bonitos recuerdos. Nunca llegué a valorar las pequeñas cosas: el reírte por nada, el tener la sensación de que nunca el día es demasiado largo, no tener preocupaciones que inundan la cabeza constantemente.

Cuando eres niño, deseas que el tiempo pase muy rápido y hacerte mayor, no valoras la inocencia, lo increíble que es ser una persona sin obligaciones, horarios que cumplir, trabajos que entregar, llegar a fin de mes...

En definitiva, cuando te haces adulto, tu mente suele viajar a esos momentos en los que fuiste feliz.

Miro por la ventana y solo veo grandes edificios. Se me viene a la mente cuando un día, en la plaza del parque (la cual estaba llena de árboles y hermosas plantas, que los mismos vecinos se encargaban de cuidar), les decía a mis amigos que yo de mayor viviría en una ciudad con enormes rascacielos, bonitos restaurantes, majestuosos teatros, cines...

Me parecía tan aburrido ese lugar. No apreciaba esa tranquilidad, ese aire tan puro, esa vegetación tan maravillosa, con miles de olores y colores.

En esas tardes de largas tertulias, mezcladas con risas, pipas y refrescos, donde no había silencios, siempre surgía un tema tras otro. Tampoco faltaba él o la que te sacaba una sonrisa con sus trastadas. Una época en la cual no necesitábamos un móvil para comunicarnos y divertirnos; no existía la obsesión por la perfección, la imagen perfecta no tenía relevancia alguna.

A mi memoria llega aquel día de verano en que mis amigas y yo cogimos la bicicleta para ir al pueblo de al lado, a comprar al mercadillo de los jueves. Allí encontramos unas ridículas camisetas que a todas nos encantaron, para estrenarlas esa noche en la verbena del pueblo. Nos lo pasamos genial. Recuerdo que fue una de las mejores tardes de mi vida, peinándonos y maquillándonos. Todas tan dispuestas llegamos a la plaza. La gente mayor se reía y disfrutaba de vernos felices, a la vez que decían: «Qué bonita que es la juventud». Y qué razón llevaban... Hoy en día, nos preocupamos tanto por la apariencia y por estar siempre impecables, dejando tantas cosas por el camino...

En mis recuerdos, mi vida no estaba atada a un reloj, aunque me enfadaba cuando me levantaba tarde y había perdido horas de diversión y juego. Esas mañanas de verano, de coger ranas, de trepar árboles como ardillas, acabando siempre con las rodillas raspadas, jugar a la rayuela, a la comba. La única preocupación que teníamos era llegar pronto a la cena y, con el último bocado, volver a salir a la calle a jugar con los vecinos, hasta altas horas de la noche. Que sencillo era todo...

Que sería de nosotros, en esta vida tan materialista que vivimos, sin esos sencillos y maravillosos recuerdos de nuestra niñez, de esas vivencias y enseñanzas. Nada, no seríamos nada.

Sensación de verano



Ilustración: Loles Salas

Sensación de verano

Ana Hervás Tsvetanova

Hospital General Universitario Santa Lucía de Cartagena

Hoy es un día de esos en que todo lo que me rodea me molesta. Estoy metida en una habitación donde lo único que hago es dormir casi todo el rato, y no estoy exagerando. Claro está, es normal que me venga el recuerdo y más en este momento...

El recuerdo de mi pueblo materno, todos los árboles, los caminos verdes, mi río favorito, el sonido de las vacas caminando por la noche al lado de la ventana de mi cuarto, mis gatitos maullando en la puerta, los paseos que me doy hasta que empieza a oscurecer, el olor de la montaña, el fresco de la tarde noche, el cielo lleno de estrellas, los atardeceres y amaneceres tan bonitos que hay, el sonido de los pájaros, la pareja de cigüeñas cuidando sus pollitos, que siempre que voy en verano coincide con el nacimiento, las calles de mi pueblo, que siempre están tan llenas de vida, me viene el recuerdo de la sensación de verano.

Creo que es normal que me vengan todos los buenos recuerdos.

El señor que pasa todas las mañanas con las ovejas, cantando o silbando, la abuelita que suele pasar poco después con su cabra o la mujer que tanta gracia me hace porque cada vez que abre

la boca suelta alguna tontería de las tuyas. La mujer de la tienda que tanto me consiente, mi madre siempre me echa la bronca porque me invita a muchas cosas, pero bueno, ella lo sigue haciendo. El vecino de enfrente que siempre me lleva a ver sus perritos, es cazador, y no sé cómo lo hace, pero siempre alguna de sus perras está dando a luz. Mis amigos, que no son lo mejor que hay en el mundo, pero me pasean en sus caballos como si fuera una princesa.

Mi mejor amiga de allí, con la que tan bien me lo paso, su madre siempre nos acaba poniendo a hacer cosas que en circunstancias normales no haría, pero la verdad que allí y con ellas se hace hasta divertido. Siempre hay algo que hacer. Por las mañanas, muchas veces me llevan a su tienda para ayudarlas un poco y, por las tardes, alguna vez viene su hermano y nos pasea en el coche, con la música a tope y las ventanas bajadas. ¡Nos lo pasamos genial!

Me viene el recuerdo de mi familia, que al tenerla tan lejos solo puedo ver en verano. Mi prima... ¿Qué podría decir de mi prima? Me cabrea mucho, sinceramente, y a veces diría que la odio, pero por ella movería cielo y tierra, si hace falta. Tenemos nuestros más y nuestros menos, pero las dos sabemos a dónde vamos a acudir el día que necesitamos algo. Siempre nos buscamos la manera de liarla de una manera u otra. A nuestras madres ya les da pánico juntarnos, ¿será porque les recordamos a ellas cuando eran pequeñas? Podemos usar cualquier tontería para divertirnos un rato. Estuvimos por lo menos dos años jugando con una caja de cartón que llegó a un punto que verla daba hasta lástima. La de veces que nos habremos bañado a las tantas de la noche en la piscina. Y me estoy acordando de la vez que tiramos al gato a la piscina... Ya..., sabíamos que no era buena idea, y que a los gatos

no les gusta el agua, pero la risa que nos dimos no tiene precio. Ella es como mi hermanita pequeña, nos llevamos como el perro y el gato, pero, ¿qué hago?, si al verla a ella siento una alegría dentro de mí, como la de un niño de cinco años comiéndose un helado.

Pero, por supuesto, la persona más importante de allí, para mí, siempre será mi abuelo. Es la única persona capaz de alegrarme un poco los días como estos, es la única persona con la que quiero estar cuando todo me molesta. Es una de las mejores personas que puede existir, y no lo digo porque sea mi abuelo, sino porque lo sé con certeza. Aparte de su trabajo, que ya tiene mucho mérito, ha sido siempre mi doctor personal para cualquier cosa que me ha pasado, mi psicólogo, ya que él es la única persona con la que puedo desahogarme y ser yo al cien por cien, siempre ha sido mi taxista, para llevarme al sitio más estúpido que os podáis imaginar, pero, sobre todo eso, es mi mejor amigo. Eso sí, igual que él me ha cuidado hasta ahora, aquí estaré yo, el tiempo que la vida me permita quedarme a su lado, para curarle las heridas, que son tan suyas como mías, porque a mí también me duelen.

No tengo palabras para demostrar de alguna manera todo lo que significa mi abuelo para mí. Es el hombre más fuerte que conozco; desde que falleció mi abuela, hace seis años, lo lleva todo para adelante, él solo. Lo admiro muchísimo.

También me viene el recuerdo de la casa de la montaña. Podría pasarme horas y horas simplemente viendo el paisaje y no me aburriría. Es el sitio al que siempre voy cuando quiero relajarme, estoy preocupada por algo o solamente tengo ganas de estar sola un rato. También he de decir que las fiestas que nos montamos allí no son pequeñas. La casa es muy grande y, al estar literalmen-

te en mitad de la montaña, no molestamos a nadie con los gritos o la música. Esa casa, para mí y para todos, tiene mucho valor sentimental. Si no me equivoco, la construyó el bisabuelo de mi madre hace mucho tiempo. Cada miembro de la familia tiene su habitación, por lo tanto la casa tiene bastantes pisos y bastante espacio. Tiene un jardín enorme donde antes había ovejas, caballos y gallinas. De momento, no es la casa más moderna de todas, pero a mí siempre me ha encantado. Mi prima y yo hemos pensado en arreglarla en algún momento, pero llegue o no llegue el día en que podamos hacerlo, esa casa siempre será mi lugar favorito.

CATEGORÍA E

(Alumnado con diversidad funcional)

A por un riñón

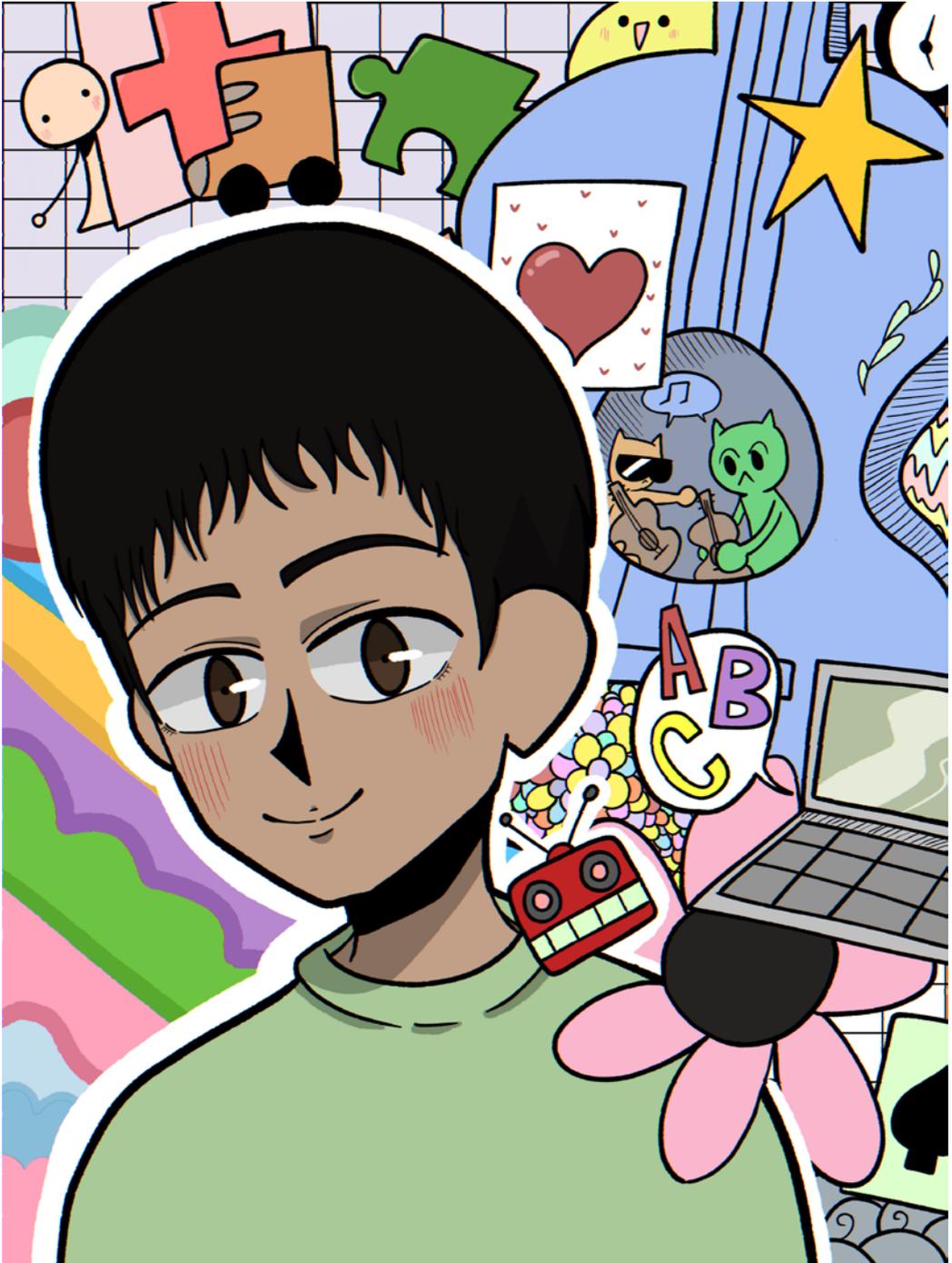


Ilustración: Patricia Fernanda García Pereira

GANADOR CATEGORÍA E

A por un riñón

Mohamed Amine Azouzout

Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca de Murcia

El recuerdo que quiero contaros es mi viaje al Hospital Niño Jesús de Madrid para ponerme un riñón, el derecho.

Después de comer, vino a mi casa una ambulancia para llevarme a Madrid a un hospital muy grande.

En la habitación estábamos mamá y yo. Había una ventana por la que veíamos el parque. Estaba muy alta y, en la puerta, había dibujado un robot rojo.

En diálisis había muchos niños, diez. Aquí en Murcia solo éramos dos.

Iba a clase con Sergio, y allí jugábamos con los puzzles, torres y cartas; también nos daban una *tablet* o un ordenador para aprender y jugar. Después, todos salíamos al patio con pelotas, patines y una moto, pero teníamos que esperar turno para montarnos.

Otras veces, nos sentábamos con el profesor y unas guitarras de colores (rosa, amarilla, azul...), y las tocábamos diciendo números.

Pasaron los días y me puse muy contento porque ya me podía venir a Murcia y me he traído muchos recuerdos y fichas trabajadas.

Nunca hay que rendirse



Ilustración: María Moya

Nunca hay que rendirse

Saad El Bayad

Servicio de Atención Educativa Domiciliaria de Murcia

Os voy a contar la historia de mi operación.

Todo comenzó cuando fui al hospital a dormir; estaba muy nervioso y feliz porque me iban a operar.

Conocí a los doctores que trabajaban. Me enseñaron mi habitación y me tendí en la cama para dormir.

A la mañana siguiente, vinieron los doctores para llevarme al quirófano y me pusieron una ropa, me hicieron una cosa rara en mi boca y al rato me dormí.

Cuando me levanté, encontré el hierro en mi pierna. Me pusieron en una cama con ruedas y me llevaron a mi habitación. Me relajé al día siguiente. Los doctores me dijeron que tenía que levantarme.

Yo no podía levantarme, tenía miedo.

Ya habían pasado tres meses en el hospital porque tenía que curarme y no podía levantarme. Yo pensaba que era difícil y tenía mucho miedo y dolor.

Los dos doctores me dijeron que no hacía daño, yo empecé

a intentar levantarme, pero, no podía. Pasaba el tiempo y me esforcé, pude sentarme en las sillas de ruedas y andar.

Esos primeros pasos fueron gracias a mi padre. Porque él me cogía el hierro y yo con un poco de fuerza podía andar. Cumpliendo otro esfuerzo más, ya podía andar por el pasillo.

Faltaba otro mes y ya podría andar y salir a pasear o ir al parque. Pero no podía torcer la pierna. Ese era el problema: imposible doblar la pierna.

Ya no tenía miedo, podía hacer de todo, estaba feliz.

Estaba esperando al doctor que me diera el alta. Pasaron los días y me fui a casa, después de tres meses en el hospital. Yo me puse feliz.

Os voy a dar un consejo, nunca hay que rendirse. Yo he podido.

¿Quieres conocer mi historia?



Ilustración: Pepe Marco

¿Quieres conocer mi historia?

Lucía Nicolás Ruiz

Servicio de Atención Educativa Domiciliaria de Murcia

A los cinco años me dio mi primer ataque epiléptico, cerca de la cortina. Mi madre se quedó muy pálida y llamó enseguida a mi padre.

Se asustaron mucho porque los doctores nos decían que tenía un tumor, pero nos dieron una noticia, que era epilepsia.

Todo esto me lo ha contado mi madre; yo era muy pequeña.

Me ingresaron y me pusieron unas vías.

Me gustó y me lo pasé bien en el hospital. Allí había un parque y una escuela. Pinté, bailaba... Mi abuelo me regalaba cosas para que estuviera contenta. Todos me visitaban en mi habitación. Me acuerdo que tenía una compañera muy buena. Fueron unos días muy bonitos.

Pasó mucho tiempo y tenía un acontecimiento familiar muy importante, una boda de unos tíos. Me pusieron un vestido blanco y negro con chaqueta negra y tacones, fui a la peluquería y me hicieron una trenza con el pelo ondulado. Me maquillaron y me hicieron fotos de lo guapa que estaba.

En la boda bailé y disfruté con la familia.

Al día siguiente, tenía que hacer un ingreso para una operación. Me quedé unos días en el hospital. Y toda mi familia me visitaba y me llevaban regalos.

Llegué a ir a las aulas del cole del hospital y al parque, que lo arreglaron y estaba más nuevo.

Me visitaban amigas al hospital, y eso me gustaba mucho, me hacía sentir alegría.

Llegué al instituto. Todos me recibieron con abrazos y con cartas.

XV Certamen Internacional de Relatos “EN MI VERSO SOY LIBRE”

ACTA DEL FALLO DEL JURADO

1. En Murcia (por medio de conexión virtual con la plataforma Google Meet), siendo las 16:00 horas del día 25 de abril de 2022, se hace pública la composición del jurado del XV Certamen Internacional de Relatos “En mi verso soy libre” formado por:

Presidenta: D^a. Aurora Gil Bohórquez

Secretaria: D^a. Juana María Sánchez García

Vocales: D^a. Marisa López Soria

D. Alonso Palacios Rozalén

D^a. Pilar Carrasco Lluch

D^a. Carmen Donaire Muñoz

D. José Emilio Linares Garriga

D^a. Antonia Cascales

2. En la presente edición, se han recibido un total de 115 relatos, procedentes de 21 aulas hospitalarias de procedencia nacional: Cataluña, Castilla-La Mancha, Castilla y León, Comunidad de Madrid, Región de Murcia, Principado de Asturias y Comunidad Valenciana.

3. Los miembros del jurado, una vez leídos todos los relatos, deciden por mayoría absoluta otorgar los siguientes premios:
 - **Premio para la Categoría A** (de 6 a 9 años) al relato “Un recuerdo para regalar”.
 - **Premio para la Categoría B** (de 10 a 13 años) al relato “Punto y coma”.
 - **Premio para la Categoría C** (de 14 a 17 años) al relato “Viernes”.
 - **Premio para la Categoría E** (alumnado con diversidad funcional) al relato “A por un riñón”.

4. Además, el jurado decide seleccionar, por su calidad literaria, otros 21 relatos que serán publicados, junto a los cuatro ganadores, en el libro “En mi verso soy libre. Relatos 2022”.

Relación de Aulas Hospitalarias participantes en el XV Certamen Internacional de Relatos 2022 “En mi verso soy libre”

PRINCIPADO DE ASTURIAS

Hospital Universitario de Cabueñes, Gijón

Hospital de Día Infanto-Juvenil La Eria, Oviedo

Hospital Universitario Central de Asturias

CASTILLA Y LEÓN

Hospital Clínico Universitario de Salamanca

CASTILLA-LA MANCHA

Hospital General Universitario de Albacete

Hospital Nuestra Señora del Perpetuo Socorro de Albacete

CATALUÑA

Hospital Clínic de Barcelona

COMUNIDAD DE MADRID

Hospital Universitario Fundación Alcorcón

Hospital Universitario de Fuenlabrada

Hospital Universitario Infantil Niño Jesús

Hospital Universitario de Getafe

Hospital Clínico San Carlos

Centro San Juan de Dios, Ciempozuelos

REGIÓN DE MURCIA

Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca de Murcia

Hospital General Universitario Reina Sofía de Murcia

Hospital General Universitario Santa Lucía de Cartagena

Servicio de Atención Educativa Domiciliaria

COMUNIDAD VALENCIANA

Hospital Peset de Valencia

AGRADECIMIENTOS

Instituciones y entidades patrocinadoras del XV Certamen Internacional de Relatos “En mi verso soy libre” 2022



Región de Murcia
Consejería de Educación



Asociación Educativa Española de Escritores y Escritoras



**FUNDACIÓN
CAJAMURCIA**



Hospital General Universitario
Santa Lucía

Arrixaca

Hospital Clínico Universitario
Virgen de la Arrixaca



HOSPITAL GENERAL UNIVERSITARIO
REINA SOFÍA

ÁREA DE SALUD VII
MURCIA ESTE



Vega Media del Segura



Laboratorios Lorca Marín

Comprometidos con la salud desde 1954

www.lorcamarin.es



Fundación para la Formación
e Investigación Sanitarias
de la Región de Murcia



**Centauro
Quirón**

Tus metas, nuestro objetivo



**LYCÉE
FRANCIS
INTERNATIONAL**

Alumnas colaboradoras

-Berta Lozano Goberna
-Delia Le Moigne Buendía
-Irene Martínez Martínez
-Marta Gutiérrez Bozza



azarbe.es



MELLI TORAL NOGUERA

Profesora de química

Divulgadora científica

Rotary
Club Murcia



TKANALYTICS

Publicaciones recientes de la Consejería de Educación

www.educarm.es/publicaciones

- Materiales para la orientación metodológica para la Educación de Adultos / Isabel Aráez Campillo, Inés M^a López Mengual y Ana M^a Martínez Díaz
- Adaptación curricular Biología y Geología. 3º de Educación Secundaria Obligatoria / José Pedro López Pérez y Raquel Boronat Gil
- Mari Trini. La niña que llegó a ser una gran cantante / texto: Marisa López Soria; ilustraciones: Álvaro Peña Sáez; documentación y coordinación: Pedro López Morales
- Guía de prevención del suicidio. Actuaciones en centros educativos / Consejería de Educación y Consejería de Salud
- Biology and Geology. Teoría, actividades y prácticas de laboratorio 1º ESO - Programa SELE / María del Mar Vera Sánchez
- Ajedrez en el aula de Primaria / Sonia Gil Quílez y Emilio M. Sánchez Jerez
- Proyectos de innovación para aprender a argumentar en Educación Secundaria / M^a Teresa Caro Valverde y Pedro Andrés Vicente Ruiz (coords.)
- I Concurso de Composición del Conservatorio Superior de Música de Murcia "Manuel Massotti Littel" Obras Ganadoras / Luis Pérez de Tudela Gil y Jesús Orón Bolós
- Don Azarbón: cuando los sueños se hacen realidad = Mr. Azarbón: when the dreams come true / Sofía Belmonte Charco
- Intervención y respuesta educativa para el alumnado con hemiparesia / Laura Calvo Muñoz, Inmaculada Calvo Muñoz, Juan Pedro Martínez Ramón, Esther Coloma Cutillas
- Lessons of World History. From the Glorious Revolution to Contemporary Conflicts: 4º ESO Bilingüe / Isabel Porto Vázquez y Francisco Jorge Rodríguez González
- Pongo mi granito de arena para salvar el Mar Menor / María José Bernal Bernal
- La música. XIV Certamen Internacional de Relatos "En mi verso soy libre" / Dirección General de Innovación Educativa y Atención a la Diversidad
- Volvamos + cercanos. Plan de apoyo socioemocional a la comunidad educativa / Soledad Martínez Marín y Lorenzo-Antonio Hernández Pallarés (coord.).

XV Certamen Internacional de Relatos “En mi verso soy libre”

Este libro reúne los relatos seleccionados en el XV Certamen Internacional “En mi verso soy libre”, organizado por el Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia (España), dependiente de la Consejería de Educación. Se trata de un proyecto que trasciende las actividades de animación a la lectura y escritura. Va dirigido a desarrollar en los niños y adolescentes hospitalizados sus capacidades creativas y literarias, aprovechando el poder te-

rapéutico que dichas disciplinas pueden ejercer en situaciones adversas. Cada uno de los relatos está magníficamente ilustrado por una serie de colaboradores que se suman a esta iniciativa. El tema de este año ha sido RECUERDOS y nuestro alumnado, a través de la escritura, ha vuelto a pasar por el corazón sus experiencias pasadas transformándolas en vivencias memorables y han hecho posible salvaguardar el pasado para que perdure.

